



*No me preguntes cómo pasa el tiempo*  
Ruta literaria de la Generación del Bicentenario

**COORDINACIÓN GENERAL:**

Gabriela Astorga  
Iván Cruz  
Alina Hernández  
Benjamín Morales  
Kin Navarro  
Jocelyn Pantoja  
Alberto Trejo

**APOYO LOGÍSTICO:**

Ulises Granados  
Alfonso Montoya  
Renata Olmedo  
Svetlana Pribiloska

**RELACIONES PÚBLICAS:**

Alejandro Sandoval

**TALLERISTAS:**

César Cortés  
Nicole Delgado  
Tanya de Fonz  
Marco Fonz  
Mariana Gándara  
Leopoldo Lezama

**INVESTIGACIÓN HISTÓRICA E ICONOGRÁFICA**

Paulina des Champs Ramírez  
Mara Huerta Chávez  
Esteban King Álvarez  
Citlalli López Maldonado

**MUSEOGRAFÍA Y ARTES PLÁSTICAS:**

Carlos Vieyra

**CARTEL:**

Santiago Robles Bonfil

**COLECCIÓN:**

Generación Literaria del Bi-100:

**COORDINACIÓN EDITORIAL:**

Jocelyn Pantoja

**ASISTENTE EDITORIAL:**

Jorge Rubio

**COMPILACIONES:**

Edgar Omar Avilés (narrativa);  
Iván Cruz y Benjamín E Morales (poesía);  
Luis Téllez-Tejeda (crónica);  
Noé Morales (teatro)  
Jorge Rubio, Jocelyn Pantoja  
y Jaime Woolrich (edición).

**DISEÑO GRÁFICO EDITORIAL:**

Hernán García Crespo

**FORMACIÓN EDITORIAL:**

María José Farías Barba

**DONACIÓN DE FOTOGRAFÍAS**

Jefté Argüello  
Mariana Barreiro  
Emilio Belin  
Juan Leduc  
Alejandro Meléndez





*Mosaico de dramaturgia  
mexicana reciente*

Compilación y selección: Noé Morales

*Mosaico de dramaturgia mexicana reciente*  
Generación literaria Bi-100. Ciudad de México, 1970-1990.  
COMPILACIÓN Y SELECCIÓN: Noé Morales

AUTORES: ©Luis Ahyllón, © Hugo Abraham Wyrth Nava, © Verónica Bujero,  
© Mariana Hartasánchez, © Edgar Chías y © Zarfa Abreu- Carlos Nóhpal.  
Primera edición en México  
Agosto 2008

EDICIÓN: Asociación de Escritores de México A.C.  
Calle 24 esq. Cerrada La Pirámide sin número, Col. San Pedro de los Pinos,  
CP. 03800, Benito Juárez, México, D.F.  
Tel. (55) 33 30 06 69, [www.asociaciondeescritores.org](http://www.asociaciondeescritores.org)

COORDINACIÓN EDITORIAL: Jocelyn Pantoja  
ASISTENTE EDITORIAL Y CUIDADO DE EDICIÓN: Jorge Rubio  
DISEÑO GRÁFICO EDITORIAL: Hernán García Crespo  
FORMACIÓN: María José Farías Barba  
PORTADA: Alejandro Meléndez Ortiz  
FOTOGRAFÍAS:  
Jefté Argüello  
Mariana Barreiro  
Emilio Belin  
Alejandro Meléndez Ortiz

ISBN: 978-607-491-000-1  
Todos los derechos reservados

Los derechos de reproducción de las imágenes de este libro se sujetan al  
artículo 48 de la ley federal de derecho de autor en México  
Impreso en México

*GOBIERNO DEL DISTRITO FEDERAL*

Lic. Marcelo Ebrad Casaubon  
JEFE DE GOBIERNO DEL DISTRITO FEDERAL  
Dr. Enrique Márquez.

DIRECTOR DE LA COMISIÓN DE LAS CELEBRACIONES DEL BICENTENARIO DE LA  
INDEPENDENCIA Y DEL CENTENARIO DE LA REVOLUCIÓN EN LA CIUDAD DE MÉXICO.

*ASOCIACIÓN DE ESCRITORES DE MÉXICO A.C.*

Alberto Trejo Mendoza  
PRESIDENTE  
Berenice Granados  
VICEPRESIDENTE  
Fernando Corona  
SECRETARIO GENERAL

# *Mosaico de dramaturgia mexicana reciente*

Compilación y selección: Noé Morales





# Mosaico de dramaturgia mexicana reciente: una visita guiada



*Para Frida Islas, con una sonrisa enorme.*

Se sabe que toda antología es arbitraria y parcial, que de entrada prefigura un gusto personal y una visión particular respecto a un universo dado. En lo que respecta particularmente a los escritores agrupados en torno a la que el crítico Fernando de Ita ubica como la Sexta Generación de dramaturgos mexicanos, toda compilación pareciera insuficiente dada la diversidad de tendencias, voces y estilos que cohabitan al interior de esta promoción de escritores escénicos, nacidos casi todos en la década de los setenta y con actividad profesional a partir del siglo XXI. Así que hubo que decidir y descartar, priorizar y eliminar, con el consecuente resultado que el lector tiene hoy entre manos.

Más que anteponer los nombres o los prestigios, se decidió incluir a autores representativos de distintos modos de abordar la escritura escénica, con la finalidad de ejemplificar la diversidad estilística anteriormente descrita. Es por eso que, más que una antología propiamente dicha —pues ello implicaría etimológica y formalmente una selección de “lo mejor” o “lo más destacado—, se propone un mosaico, casi en una de las acepciones ortodoxas que del término sugiere la Real Academia de la Lengua Española: la que habla de un “organismo formado por dos o más clases de tejidos genéticamente distintos”. Es mediante ello, mediante el retrato del contraste y del reflejo, de la



diferencia y de la heterogeneidad, que se piensa que este volumen pudiera encontrar su sentido, su viabilidad y su posible significación orgánica.

No hay otra unidad entonces más que la que entrañan algunos de los criterios esenciales de selección, algunos sugeridos por los editores. Por principio de cuentas, se buscó incluir a autores nacidos en el Distrito Federal, entre los años de 1970 y 1980, y se persiguió la compilación de obras significativas de la teatralidad nacional más emergente. Lejos de encorsetar, el criterio geográfico es consecuente con el centralismo que aqueja al teatro mexicano y, desde luego, a otras esferas de la vida nacional: casi todos los dramaturgos de este país han nacido, se han formado académicamente o se han verificado profesionalmente en la Ciudad de México, con un puñado de casos en contrario (entre los que se pudieran incluir a la mexicalense Bárbara Colio, al tapatío residente en Xalapa Luis Enrique Gutiérrez, al regiomontano Mario Cantú y a la yucateca Conchi León, por referir unos pocos) que no dejan de ser excepcionales. Puede decirse entonces que los espectadores residentes en la capital han tenido la oportunidad de ser testigos y partícipes de los lances más notables de nuestro teatro. Y puede decirse también, por añadidura, que los textos dramáticos incluidos en el presente libro han suscitado algunos de esos episodios destacados de nuestra historia teatral reciente.

Sea pues este mosaico, que por restricciones espaciales se limita a presentar fragmentos de las obras seleccionadas, una invitación a adentrarse a los universos dramáticos que este grupo de autores proponen, y una visita estilística guiada por los recovecos de una actividad artística que, pese a la crisis permanente en la que se supone que se encuentra inmersa, da muestras de vigor, diversidad y autonomía.

## Luis Ayhllón y Hugo Abraham Wirth: de las entrañas de la ciudad

Comience entonces esta visita guiada –o paseo, un término acaso más lúdico– con un atisbo a la obra de dos dramaturgos que han hecho de la Ciudad de México y sus contradicciones un tema recurrente. Tanto Luis Ayhllón (1976) como Hugo Abraham Wirth (1980) han manifestado, sobre todo en sus obras primeras, una predilección por los bajos fondos urbanos como metáfora del desamparo y de la decadencia moral que sin dudas aqueja a nuestras sociedades. Más que tremendistas, sus retratos son apenas certeros; el espejo que nos ofrecen a la vista nos retrata con cabalidad y justicia. Ambos coinciden también en su adscripción a la que sin duda alguna es una de las escuelas predominantes en la tradición dramática mexicana: el realismo urbano. Los paisajes de

ficción de Ayhllón y Wirth se nos revelan como una ciudad entrañable y, por lo mismo, dolorosa y estimable al mismo tiempo.

*Cash* (2000), llevada a escena por el propio Luis Ayhllón en el Foro La Gruta dos años más tarde, representó para el autor una incursión poderosa y resonante en el teatro mexicano. Deudor evidente del *New Cinema* estadounidense y de la mejor tradición realista de nuestra dramaturgia, Ayhllón demuestra en esta obra su pericia como tejedor de tramas y de giros argumentales, en una apuesta que dibuja, además, los extraños vuelcos de la solidaridad y la empatía humanas en una situación límite y, por desgracia, común en estos tiempos: el secuestro. El lector puede quedar atrapado por el manejo hábil del suspenso y del ritmo narrativo, y por la incontestable complejidad de Meave, Teo, Luis, Rafa y Ezequiel, los personajes que componen este laboratorio emocional mediante el que el autor, que subsecuentemente se ha hecho merecedor a múltiples reconocimientos por su obra dramática, nos convida de su disección implacable a una comunidad en conflicto.

Si bien Hugo Wirth comparte con Ayhllón la proclividad por estos territorios marginales, su mirada en torno a ellos parece ser aún más crepuscular.

*La fe de los cerdos*, merecedora del Premio Nacional de Dramaturgia Manuel Herrera en 2004, es todo menos concesiva; para Wirth no parecen haber términos medios a la hora de relatar las desventuras de una galería de personajes cuando menos desesperanzados. Aborto, incesto, tráfico de menores, esquizofrenia y narcotráfico confluyen en un caldo temático que espeluzna e invita al examen riguroso de nuestra conciencia. Conocedor del habla de la calle, acaso experimentador en carne propia de las problemáticas que aborda, Wirth es sin duda un excéntrico en la acepción más noble del vocablo: el que, lejos de buscar la vanagloria y el reconocimiento vacuo, se decanta por llevar sus convicciones y motivos hasta las últimas consecuencias.

## Verónica Bujeiro y Mariana Hartasánchez: la voz oblicua

No es casual la inclusión de dos mujeres en este volumen. No hace mucho, cierto crítico se aventuró a acuñar el término *ginecoteatro* para ponderar la incuestionable aportación de las mujeres a nuestro teatro, particularmente en el ámbito de la actuación. Si bien en la dramaturgia la aparición cuantitativa de las féminas ha sido menor, estas dos escritoras corroboran el valor de la escritura de mujeres en el

teatro nacional. Valga consignar, sin embargo, que su labor nada tiene que ver con una perspectiva de reivindicación de género o de filiaciones feministas.

Verónica Bujeiro (1976) es una *rara avis* en el panorama de la dramaturgia mexicana. A una formación artística básicamente cinematográfica hay que aunar la particularidad de su voz y de sus referentes. Sus universos remiten a las narrativas del *comic* y del esperpento en tanto que hacen convivir a personajes fársicos, a atmósferas apocalípticas y a una lógica atípica y particular. Sus caracteres parecen emanados del baúl de un hechicero o de la levita de un prestidigitador; su excentricidad es sin embargo revestida de una humanidad que conmueve. *Prohibido acostarse al sol* (2004) es elocuente en este sentido: dos personajes, sin más nombre que las dos primeras letras del abecedario, se debaten entre la desmemoria y el recuerdo en un mundo derruido y posthumano, en el que la esperanza se ha limitado a ser evocación. Interrumpidos por lo que la autora llama *interferencias* y que en mucho se parecen a choques eléctricos del Yo, estos dos seres han de perseguir, como bien reza el título, un hálito de luz que les otorgue redención y futuro, en una fábula de un fulgor extraño y apasionante.

En Mariana Hartasánchez (1976), por su parte, encarnan las vocaciones de actriz, directora y dramaturga. Vecindada desde hace un tiempo

en Querétaro, donde fundó y dirige la compañía Sabandijas de Palacio, su quehacer dramaturgico tiene un lazo indisoluble con la escena. Formada asimismo en la carrera de letras hispánicas y con un amplio bagaje de conocimiento e información, su teatro aglutina referencias mitológicas, judaicas, literarias y de la cultura *pop*. Esta teatrería ha incursionado también en distintos géneros dramáticos, de lo que *La Eroticomedia* (2008) es prueba fehaciente. Concebido como un monólogo para cabaret, el texto incluido en el presente volumen es un recorrido hilarante por la sexualidad de la mujer y sus muchas connotaciones sociales. Descarnada e implacable, esta obra breve demuestra las dotes comediográficas de la autora, en cuyo humor caben la parodia y la denuncia sarcástica, así como las referencias más cultas y las más grotescas. Todo ello la convierte en otra de las voces oblicuas, y por ende sumamente apreciables, de nuestro teatro joven.

## Edgar Chías, Zaría Abreu y Carlos Nóhpal: el formato de la libertad.

Cierran este recorrido dos obras despojadas casi de cualquier tradicionalismo, o al menos de los tradicionalismos que imperan en nuestra escuela dramaturgica. En un teatro nacional ganado abiertamente

por el predominio del realismo y de sus variaciones, textos como los que se referirán enseguida se vuelven excepciones con riesgo severo de incompreensión. Para fortuna de las obras y de los autores, no obstante, ambas encontraron intérpretes lúcidos y generosos en sus respectivas puestas en escena.

De Edgar Chías (1973) puede decirse que es indudablemente uno de los autores teatrales mexicanos más exitosos de la actualidad. Con obras montadas en Nueva York, Londres y Buenos Aires, es de igual forma uno de los que ha dado pasos más sólidos hacia su internacionalización. Pero acaso su gusto por la narrativa sea menos conocido, con todo y que obras como *El cielo en la piel* (2004) puedan dar visos de esta pasión privada. La obra, que contó en su momento con un notable montaje a cargo de la directora Mahalat Sánchez, es la corroboración de que un regreso a las fuentes originales de la literatura es posible para el teatro contemporáneo. Influidos por el autor francés Jean Paul Sarrazac y por sus teorías respecto a la coralidad en el teatro, Chías ha compuesto una narración escénica (o pieza de *narraturgia*, como algunos la han calificado) en la que las voces dramáticas se diluyen y confunden en beneficio de lo que el propio autor denomina como un exhorto al “juego imaginativo que requiere una puesta en escena inteligente”. El relato de las desventuras de una citadina obsesionada con su fealdad es, entonces, una invi-

tación a repensar la textualidad teatral como un mapa somero sobre el que se han de cifrar los cimientos de lo escénico, a reconsiderar al teatro como un juego cuyos efectos han de basarse esencialmente en la palabra dramática y sus muchas posibilidades poéticas.

De poesía y poética hay que hablar al momento de asomarse a *Ángeles probables* (1998), de Zaría Abreu (1973) y Carlos Nóhpal (1971), la obra que cierra la presente compilación. No únicamente porque ambos escritores repartan su actividad entre la poesía y la dramaturgia. Mejor porque el texto aquí incluido amalgama ejemplarmente ambas inquietudes. Confeccionada en coautoría a lo largo de casi siete años, la obra es un delicado ejercicio lírico creado a partir de la improvisación con los actores y, también y desde luego, de la pulsión de los autores por examinar nociones esenciales como la amistad, la sexualidad, la soledad y el abandono. Pero, sobre todo, en el derrotero de estos dos hombres que se repliegan sobre sí mismos por razones distintas, se aprecia una puesta en crisis de la masculinidad y de sus repercusiones; se trata de dos masculinidades en conflicto, aquejadas por los demonios de la edad y de la decepción, y que han de encontrar en el otro el reflejo de lo que han perdido y de lo que aún desean recuperar. Con una estructura que descansa balanceadamente entre estas indagaciones temáticas y un lenguaje ingenioso y obcecado, *Ángeles probables* también corro-



bora que nuestra dramaturgia puede proveer pasajes extraordinarios cuando se despoja de los corsés que por tanto tiempo ha llevado encima.

\* \* \*

Hasta aquí este recorrido vertiginoso por parte de nuestra dramaturgia más reciente. No queda sino reiterar la invitación a conocer más a fondo los espacios que los autores escénicos de nuestro país construyen día a día sobre la escena. Acaso el lector – espectador pueda encontrarse con lugares que le recuerden algún rincón olvidado de su propia persona, lo cual nunca será excesivo ni superfluo. Sea pues.

**Noé Morales Muñoz**

*Ciudad de México, verano de 2009*



# CASH

de Luis Ahyllón



*No tengo cash...*  
**Ernesto Zedillo Ponce de León,**  
*a razón de la petición de una vendedora.*

## Primer acto

Meave encañona a Rafa. Ezequiel y Luis están sometidos... a la expectativa.

**Meave:** Pinche escuincle maricón, ¿sabes qué? El Teo es un culero. Ese no se anda con mamadas. Te va a joder. Te lo juro. Le voy a decir exactamente cómo te la estás mamando. ¿No entiendes, verdad? Uno es educado. Tratas de comportarte como un profesional. Yo no sé que estudies, mi chavo, pero este es mi trabajo, y si no lo respetas no tengo por qué tener consideraciones. Es más, ya me encabronaste. Le voy a sugerir al Teo que te haga un corte transversal en las tripas. Vas a tener unos veinte minutos para detener la hemorragia. Ahora que si te agarra el tráfico ya no llegas; tú sabes que las calles aquí en el centro son un desmadre. Bueno, no nada más en el centro, en toda la puta ciudad. Si no traen carro... ¿Porque no traen, verdad? Van a tener que pedir aventón y ya sabes cómo es la gente de desconfiada y luego si te ven desangrandote menos te suben. Y como

ni van a traer para el taxi, van a pedirle de favor al chofer del trolebús. ¿Y sabes cuánto tiempo tarda en llegar a la clínica que está en Tlatelolco? Si hay tráfico, llegas en una hora. Y lo más seguro es que haya tráfico. Es mejor que te alivianes, o sea, no es que te vayas a llevar un tiro, pero un *chajazo* sí te regalo, puñal.

**Ezequiel:** No es necesario.

**Meave:** ¿Qué?

**Ezequiel:** Que no es necesario.

**Meave:** Al chile ya me estás cagando los guëvos. ¿A ti quién te preguntó?

**Ezequiel:** No, mira, yo conozco a este pendejo, y sé muy bien que si nos volvemos a encontrar ya no va a tener la misma actitud. Tienes que entenderlo. Es primerizo. Nunca lo han asaltado. Mira, de verdad: yo me comprometo a ponerle en la madre.

**Meave:** Pues de una vez.

*Ezequiel le da un fuerte golpe en la boca del estómago.*

**Ezequiel:** Y no llores, cabrón. Tienes que hacer caso de lo que te diga.

**Rafa:** Pendejo.

**Ezequiel:** ¡Te dije que te callaras, y me vas a hacer caso!

**Rafa:** Sí, sí, ya.  
**Meave:** ¿Ya no vas a chillar? ¿Ya no vas a chingarme?

*Entra Teo encapuchado. Meave se dirige hacia él.*

**Meave:** ¿Qué te pasa?  
**Teo:** ¿Qué transa? Primero saluda, ¿no?  
**Meave:** No me chingues. Quítate esa madre.  
**Teo:** No.  
**Meave:** Es parejo.  
**Teo:** No. Ya te dije.  
**Meave:** Yo no voy a ser el único que da la cara.  
**Teo:** Habíamos quedado que siempre con capucha.  
**Meave:** No te hagas el chistoso. ¿Cómo iba a traerlos? Piensa tantito, grandísimo güey. Ezequiel: ¿me hubieran hecho caso si los abordo encapuchado?  
**Ezequiel:** La neta no.  
**Teo:** No está bien.  
**Meave:** *No está bien*, madres. Te quitas eso. La capucha dijimos que en el caso de farmacias o Oxxos.  
**Teo:** Oh, qué bien chingas.

*Teo se quita la capucha.*

**Meave:** Eres un *inpuntual* de mierda.

**Teo:** Perdón.

**Meave:** ¿Dónde andabas?

**Teo:** Luego te digo.

**Meave:** No, ni madres. Ahorita me tienes que decir.

**Teo:** Oh, que luego te digo. (*A Ezequiel*) Deja de verme, hijo de tu puta madre, ¿ves güey?

**Meave:** Llevo reteniendo a estos pendejos casi media hora. Quedamos que ibas a estar aquí hace veinte minutos. No soy tu bizcocho para que me tengas lubricada el tiempo que se te antoje. No me gusta que me hagas esperar. Tienes que entenderlo. Si le entras al negocio, hay reglas. Tiene que haber disciplina.

**Teo:** Ya deja de hacerle a la mamada. No te puedo decir.

**Meave:** ¿No me puedes decir qué? ¿No me puedes decir qué, pendejo?

**Teo:** Vine a vaciarlos. No a...

**Meave:** No me importa.

**Teo:** ¡Qué quieres que te diga, que le estábamos dando baje a otros pendejos!

**Meave:** Ah, muy bien, y yo aquí esperándote por que tú eres un receloso y mamón de mierda. Qué poca madre.

**Teo:** No nada más fue eso. Lo que pasa es que...

Ya te había dicho. El licuado de mamey de la mañana. Ya te había dicho. Me cayó mal... Tú sabes lo importante que es el licuado de mamey en la mañana, güey, es fuente de proteínas. Vengo a chamber, ¿Qué quieres? ¿Que me desmaye?

*Teo vomita. Meave se ríe.*

**Meave:** ¿Qué comiste que hasta los ojos me están ardiendo?

**Teo:** Traigo tu parte.

**Meave:** Te vuelvo a esperar, pendejo. Qué poca.

**Teo:** Ya, aquí tienes.

*Le entrega de mala gana unas monedas.*

**Meave:** ¿Qué es esto, pendejo?

**Teo:** Tu parte. ¿Qué transa?

**Meave:** Cuánto traía.

**Teo:** Como 70 varos.

**Meave:** No te hagas.

**Teo:** ¿Qué?

**Meave:** No te hagas.

**Teo:** ¿Qué? ¿Qué? No, yo no me hago. De veras.

**Meave:** ¿Qué es esta mierda? No me quieras ver la cara, pendejo. Son 35 varos. ¿Qué es esta...? No te pases de verga.



**Teo:** Te lo juro.  
**Meave:** ¿Para esto te tardaste media hora?

*Teo le da otro billete.*

**Teo:** Ya, quédate con esto.  
**Meave:** No, no, no te hagas el pendejo. Ahora me quieres hacer sentir mal, ¿no?  
**Teo:** Oh, pus nada te parece.  
**Meave:** Ya te dije, güey. Conmigo no juegues.

*Meave silba. Teo se acerca a Ezequiel, Rafa y Luis.*

**Teo:** ¿Cuánto traen? Oigan sus palabras. Si traen más de lo que reportan me los chingo. ¿Oyeron, putos? ¿Y ora por qué tan calladitos?  
**Meave:** Ezequiel aleccionó a su amigo Rafita, que no paraba de hablar.

*Teo saca una pistola.*

**Teo:** Si traen más de lo que reportan... Sí la han visto ¿no? Es una Magnum 44. Está chida.

*Teo se emociona y le apunta a Ezequiel, quien recula.*

**Teo:** Es como la que sacaba Mario Almada en *La Ley de la Frontera*. Bájate, a dónde vas

hijo de tu puta madre. Bájate. (*Se ríe*) Ira, ira ira, güey. ¿Cuánto traes, güey?

**Luis:** No traigo.

**Teo:** Conste, pendejo. Luego no chilles. ¿Alguna tarjeta?

**Luis:** Una Banamex de esas de inversión inmediata.

**Teo:** NIP?

**Luis:** 4356

**Teo:** ¿Cuánto tiene?

**Luis:** Como quinientos varos.

*Meave recibe la cartera de Luis.*

**Teo:** ¿Cuánto traes tú?

**Ezequiel:** Espérame. Traía sesenta pero compré un par de cigarros sueltos... también tres boletos de metro, me han de quedar como 53 o 54.

**Teo:** ¿Tarjetas?

**Meave:** Éste es el que te digo que le dio un golpe a éste. Ese güey es barrio.

**Ezequiel:** No, bueno fuera que tuviera tarjeta. Traigo como tres de teléfono, y creo que una trae como 7 varos de crédito.

**Meave:** ¿En dónde estudias?

**Ezequiel:** En la UAM Xochimilco.

**Meave:** ¿Qué estudias?

**Ezequiel:** Psicología.

**Meave:** ¿Y para qué sirve esa mierda?  
**Ezequiel:** No sirve para nada. Casi ninguna sirve para ni madres en este país.  
**Meave:** ¿Y trabajas?  
**Ezequiel:** Ahí afuera de la UAM tengo un puesto de café. Mientras estudio alguien me lo atiende. Cuando salgo, yo me hago cargo.  
**Meave:** ¿Tienes hijos?  
**Ezequiel:** Uno de 6 años.  
**Meave:** ¿Y su mamá?  
**Ezequiel:** Bueno, no es el lugar apropiado para contártelo. Lo que sí te puedo decir es que eligió a otra persona y ahora ya no está conmigo.  
**Meave:** ¿Dónde está?  
**Ezequiel:** No lo sé. Tal vez en Europa.  
**Meave:** Las viejas son cabronas. Hay que saber cómo hablarles, convencerlas. Tú así como me ves, tengo tres bizcochitos. Y no creas que no les quedo bien. Para las tres tengo.  
**Teo:** ¿Podemos continuar?  
**Meave:** Tú sí le chingas, Ezequiel.

*Ezequiel le entrega la cartera a Teo. Meave se la quita y se la regresa a Ezequiel.*

**Teo:** ¿Qué haces?

**Meave:** No se la quites.  
**Teo:** ¿Qué? Explícame algo, pendejo. Estamos aquí por lana. Pero también para hacer caridad. O sea porque depende, ¿no? Si la gente está necesitada hasta una feria le podemos dar, como este pendejo. Trae para acá, hijo de tu pinche madre.

*Teo le arrebató la cartera.*

**Teo:** Yo no vine a jugar, imbécil.  
**Meave:** Déjasela.  
**Teo:** Estás bien pendejo, Meave. Siempre es lo mismo contigo.  
**Meave:** Déjasela.

*Teo se la avienta a Ezequiel.*

**Teo:** Pinche trabajador social. (*Hacia Rafa*)  
¿Cuánto traes?  
**Rafa:** Como 2500.  
**Teo:** Cómo que *como*.  
**Rafa:** Sí, como 2500.

*Teo le da varias bofetadas a Rafa.*

**Teo:** Te haces pendejo. Sabes cuánto traes.

- Rafa:** 2650.
- Teo:** Ah, verdad, pendejo. (*Hacia Meave con sorna*) ¿Quieres que también se lo dejemos? Puede ser que lo necesite mucho. Se nota que está necesitado. Se ve que se muere de hambre. Pinche-anémico-tísico-jodido-hijo-de-su-reputa-madre.
- Meave:** Nosotros no somos un par de culeros ordinarios. Si alguien pone de su parte, nosotros ponemos de la nuestra.
- Teo:** Ah, ¿te cae?
- Rafa:** Pero, es que yo... Digo, traigo eso, pero, pero, no... no me gustaría... Bueno, lo que trato de decir...
- Ezequiel:** Lo que tratas de decir es que ya vas a cerrar la boca.

*Teo le da una bofetada a Rafa.*

- Teo:** Mira, Rafita, no me hagas enojar. Sácalo y ya.

*Rafa saca el dinero de su pantalón. Lo entrega.*

- Meave:** ¿Cuánto gana tu jefe?
- Rafa:** No sé bien.
- Meave:** ¿Dónde trabaja?
- Rafa:** En la Comisión Federal de Electricidad.

**Meave:** Ha de ganar bien.  
**Rafa:** Pues no te creas.  
**Meave:** Ahí se gana bien.  
**Rafa:** No tanto.  
**Meave:** No te hagas.  
**Rafa:** De veras. No tanto.  
**Meave:** ¡Que ha de ganar bien, pendejo! Todos los que trabajan ahí ganan un buen sueldo base, tienen prestaciones: seguro familiar, de casa, de auto, por robos, prima vacacional, aguinaldo. No mames, no me digas que regular.

*Meave le propina un puñetazo a Rafa.*

**Rafa:** Gana muy bien.  
**Teo:** Pendejo. ¿Cómo cuánto?  
**Rafa:** Como 50 mil.

*Teo se indigna.*

**Teo:** No, pus con razón no tanto, pinche niño bien, ¿cómo les va a alcanzar? (*Pausa*)  
¿Qué más traes?  
**Rafa:** ¿Qué? Mande.  
**Meave:** ¿Que qué más traes?  
**Rafa:** Nada.  
**Meave:** Dame la cartera.

*Rafa le entrega la cartera. Meave saca dos credenciales y un comprobante de pago.*

**Meave:** Ah, estudias en el Tec, cabroncito.

**Rafa:** Sí.

**Meave:** ¿Te cobran diez mil varos al mes?

Rafa asiente.

**Teo:** ¿Pues qué? ¿Te la jalan gratis o qué pedo?

**Meave:** ¿Y ésta puta credencial de Gobernación?

**Rafa:** Es, es, porque mi mamá...

**Meave:** ¿Tu mamá qué chingados?

**Rafa:** Trabaja en la Asamblea.

*Meave silba. Teo se acerca y encañona a Rafa.*

**Teo:** ¿Sabes qué? Te voy a volar las ideas.

**Rafa:** No me hagas nada, no hablo. No voy a decir nada. De veras. No me dispaes.

**Teo:** Deja de llorar. Pinche niño fresa.

**Ezequiel:** No se las vueles.

**Rafa:** No me dispaes, ya no voy a decir nada, lo juro, no me dispaes por favor, por favor, no me dispaes, ya me callo...

**Teo:** ¿Qué dices?

**Meave:** Cállate, no me dejas oír.

**Ezequiel:** Mira, ya tienen lo que querían. Déjanos ir, por favor.

**Teo:** No, güey, ya me cagaron los güevos. Primero el Rafita, luego tú y luego el Güicho.

**Ezequiel:** ¿Quién?

**Teo:** El Güicho.

**Ezequiel:** ¿El Güicho?

**Luis:** Pendejo.

**Teo:** Sí, el Güicho, ¿qué transa?

**Ezequiel:** Ah, el Güicho al final.

**Teo:** ¿Qué te pasa, puto?

**Ezequiel:** Pinche Luis de mierda.

*Ezequiel se abalanza y derrumba a Luis. Le da un golpe en la cara. Meave y Teo se desconciertan.*

**Ezequiel:** Ya valiste madres.

*Teo le da un cachazo a Ezequiel, quien se desploma.*

**Teo:** ¿Y a este pendejo qué le pasa?

**Ezequiel:** Pinche Luis, ésta no te la vas a acabar.

**Luis:** ¿Y yo qué? ¿Y yo qué, pendejo?

Luis patea a Ezequiel.

**Ezequiel:** ¡Nadie le había dicho tu nombre! ¡Nadie!

**Teo:** Lo vi en la credencial.

**Ezequiel:** La cartera la recibió el Meave, no tú.



Teo le da unas patadas a Ezequiel.

**Teo:** ¡Cállate! ¡Cállate! No es cierto. ¿Estás pendejo o qué?

*Meave enfrenta a Teo.*

**Meave:** Ya, güey, déjalo.

**Teo:** ¿Y ahora qué chingados? ¿Es tu palo o qué, pendejo?

**Meave:** No es nada, pero tiene razón. Te pasas de verga, güey. Eres un pinche retrasado mental.

**Rafa:** Qué poca madre.

**Teo:** Tú me dijiste su nombre.

**Meave:** No seas joto. Si la cagaste admítelo. No les quieras ver la cara.

**Luis:** ¿Pero qué mierdas dices? Mira lo que haces, pendejo.

**Meave:** ¿Qué me dijiste?

**Luis:** Te dije pendejo.

**Ezequiel:** No te la vas a acabar, cabrón.

**Meave:** Repítelo.

**Luis:** No te hagas güey. Te pasas de lanza. ¿Por qué les dijiste?

*Meave le apunta.*

**Luis:** ¡No te tengo miedo! ¡Deja el cuete, y nos damos a puño limpio!

**Teo:** ¡Ya bájenle!

**Luis:** No te tengo miedo, Meave. No me intimidas. Yo también me he curtido con madrazos, maricón.

*Meave suelta el arma y le da una fuerte patada a Luis quien se dobla. Meave se abalanza sobre él. Le da un par de puñetazos.*

**Teo:** Chíngatelo.

**Meave:** Tú no te metas cabrón. (*Hacia Luis*) ¿Así o más?

**Luis:** Ahí muere.

*Se levanta Meave. Recoge su arma. Luis emprende salida.*

**Ezequiel:** A donde vayas, voy por ti.

*Teo se acerca a Meave.*

**Meave:** Espérate, Luis.

**Luis:** Vete a la verga.

**Meave:** Ya, güey, a mano.

**Luis:** ¿Qué quieres?

**Meave:** Que me ayudes.

*Luis escucha atento.*

**Teo:** Mejor les damos un tiro.

**Meave:** No.

**Teo:** Podemos hablar con *El Veterinario* y le vendemos sus órganos.

**Meave:** Usa la cabeza, animal.

**Teo:** Es lo que hago. De aquí no se van sin premio. Ya tienen ubicado al Luis. *El Veterinario* el otro día me dijo que compra a 150 000 los riñones. Aquí tenemos cuatro.

**Meave:** ¿Puedes callarte? Siempre te vas por el lado difícil.

**Teo:** ¡Tú no quieres escucharme! Les desfalcamos las córneas, la médula, todo. Mira, hablamos con el doctor de la esquina, a ese güey le damos una lana y se hace de la vista gorda. Puedo llamarlo para que se traiga su equipo a la bodega. Si no le quiere entrar, ya verá. Ni tiene la Cédula Profesional. Le podemos decir que si no coopera, lo boicoteamos.

**Rafa:** No, carajo, no sean gandallas.

**Luis:** Yo no quería que les hicieran nada, Ezequiel. Hasta me caes bien. Pero...

**Ezequiel:** Conmigo ya te jodiste.

**Meave:** Tenemos la bodega. El Rafita tiene lana. Los dejamos aquí hasta que paguen rescate.

**Luis:** ¿Qué? ¿De qué hablas?

**Meave:** Podemos tenerlos aquí, hasta que el jefe de Rafa pague rescate.

**Luis:** No, güey, ahorita está leve. Déjalos ir y ni pedo. Yo me la juego con ellos.

**Teo:** Oye, es buena idea. ¿Como la banda del Tacho? De secuestros. Ese güey está cabrón. Oye, pero también podemos vender sus órganos. Negocio doble.

**Meave:** ¿Qué te pasa güey? No se pueden hacer dos cosas a la vez. Hay que ser profesionales. O eres rata o *dealer*.

**Teo:** No, me cae de madres que tienen suerte de que este güey sea tan considerado. Me los hubiera agarrado solitos y ya estarían viendo las de Caín.

**Ezequiel:** Meave, Meave.

**Meave:** Cállate carnal.

**Ezequiel:** Déjanos ir. No seas gacho.

**Meave:** Cállate. No estoy hablando contigo.

**Luis:** Déjalos ir.

**Meave:** ¿Le entras o no?

**Luis:** Definitivamente no.

**Meave:** Oh, pues quién te entiende. Primero que mucha urgencia, que la música, que la chingada.

**Luis:** Así no, Meave.

**Teo:** Déjalo que se largue, así nos toca más.

- Meave:** No estoy hablando contigo, Teo. Luis, no mames. Te juro que no les pasa nada, si no la hacen de pedo. Y te doy la tercera parte.
- Rafa:** Mis padres no tienen efectivo.
- Ezequiel:** Mira Rafa, yo te quiero mucho. Eres chido, pero tienes que entender que si no te callas nos van a matar. Así que por favor cierra el pinche hocico.
- Rafa:** Para ti es muy fácil. A ti no te van a secuestrar.
- Ezequiel:** Es igual, pendejo. Yo me tengo que quedar aquí contigo. Yo estoy más jodido, pinche egoísta. Yo no soy *secuestrable*. Ni siquiera entro a esa categoría.

*Meave aparta a Luis.*

- Meave:** ¿Le entras o no?
- Luis:** ¿Cuánto vas a pedir?
- Meave:** Un millón.
- Luis:** No quiero hacerlo.
- Meave:** ¿Por qué?
- Luis:** No nos hagamos pendejos. Los dos sabemos que si le entramos a esto no podrán salir vivos.

*Rafa comienza a llorar.*

**Teo:** Yo me pongo muy nervioso con los llantos.

**Ezequiel:** Deja de llorar.

**Luis:** bNo somos asesinos.

**Meave:** No eres. Yo sí.

**Teo:** De veras. Nada me pone tan mal como eso. Es como si me echaran ácido sulfúrico y salsa Valentina en los güevos.

*Rafa se contiene.*

**Luis:** No quiero que los mates. Y si no los matas, es obvio que saben quiénes somos.

**Meave:** Te largas de la ciudad, te vas a estudiar música y tan tan.

**Luis:** Me tienes que prometer que no les vas a hacer nada.

**Meave:** Eso depende de ellos, carnal. Si ellos responden bien, no va a haber pedo.

*Meave y Luis se incorporan al resto.*

**Meave:** Bueno, pues pongamos las reglas del pedo. Aquí el que manda soy yo. Si ustedes cooperan, se largan en cuanto paguen el rescate. Si no, se joden, y vendemos sus órganos. Nadie de aquí les puede dar un madrazo gratuito. Tienen que merecerlo. Y eso va para ti, Teo. Mientras es-

tén aquí pueden platicar entre ustedes.  
¿Entendiste, Rafita?

**Rafa:** No se vale. Ya nos quitaron la lana.  
Déjenos ir.

**Meave:** Mira, Rafita. Ya te diste cuenta que Teo es banda pesada. No la hagas de emoción. Si cooperas, les va a ir suave. Mira, han de tener hambre. Orita pedimos unas pizzas y tragamos. Y si quieres también unas chelas.

**Rafa:** Mira, es que yo, me cae, yo, yo no le hago mal a nadie. No me meto con nadie. Vivo mi vida.

**Teo:** Ay, cabrón.

**Meave:** Ese es el pedo. Ora que te pusiste de filósofo te diré que para vivir hay que estropear, chingar. Una vez que lo haces puedes sentirte con sangre en las venas. Antes eres un costal de mierda, como todos los trajeados que caminan por Insurgentes a la hora de la comida. Ese es tu futuro. Claro, si cooperas. Si no, ni tú, ni tu amigo van a contarle a sus hijitos este secuestro. ¿Cuál es tu teléfono?

*Teo abre su chamarra donde tiene colgada una amplia colección de celulares. Meave agarra un celular y marca.*





# La fe de los cerdos

de Hugo Abraham Wirth Nava



## Escena 1

### Supongo que eso se soluciona con amor

*Pequeña bodega. Hay cajas de cartón, un pequeño catre, una báscula, un teléfono y un radio despertador encima de la mesa, dos sillas y una mecedora. Al fondo, una cortina de plástico deja ver un enorme gancho colgado del techo. Existen más ganchos de este tipo que están distribuidos en el lugar. A un costado cerca de la cama, hay un muro donde está pegado el póster de Thalía que trae unos guantes negros y unas margaritas en el cabello. Fabián, vestido con un suéter morado, pantalón negro, zapatos de gamuza, y un mandil, está sentado en la mecedora. Luce desaliñado, tiene sangre seca en las fosas nasales.*

*Modesta es un travesti, muy delgado, de rasgos toscos, mal maquillado, vulgar, lleva un vestido sucio, y en toda esta escena lleva puestos unos calcetines, está sentada inmóvil en una de las sillas justamente al lado de Ruvalcaba que estará viendo directamente a Fabián. Ruvalcaba tiene una bata de médico y un portafolios en la mano.*

**Fabián:** Yo ya no puedo con el niño.

**Ruvalcaba:** Te entiendo.

**Fabián:** Si usted viera cómo quiero al chamaco. Ya sabe cómo es el amor de un padre hacia su criatura.

**Ruvalcaba:** No, de hecho, no sé.

**Fabián:** Ohhh, cierto... Lo lamento mucho, doctora. Me va a doler mucho hacer esto, pero creo que es lo mejor para todos.

**Ruvalcaba:** Si, eso mismo creo, Fabián... ¿Qué dijo su esposa?

**Fabián:** Está deshecha.

*Modesta rompe su inmovilidad para soltar unas carcajadas y después volver a su posición.*

**Modesta:** Deshecha en todo el sentido de la palabra.

**Fabián:** Yo le dije que ya habrá otras oportunidades, que aún somos jóvenes, y que en estos momentos no podemos darle gran cosa. ¿Y su esposo qué piensa?

*Pausa.*

**Ruvalcaba:** Ya no aguanto, el olor es insoportable.

*Fabián toma un aromatizante en spray y empieza a regarlo por todo el lugar.*

**Fabián:** ¿Así está mejor?

**Ruvalcaba:** No... no mejoró pero ya huele menos.

**Fabián:** Todo está en la mente, haga de cuen-

ta que el olor no existe y verá que el asunto es menos desagradable de lo que parece.

**Ruvalcaba:** ¿Por qué huele así?

**Fabián:** La carne... usted debe saber... el calor la echa a perder y estos días no hemos bajado de treinta grados... ¿Le gustan los tacos de tripa?

**Ruvalcaba:** Nunca los he probado, me da asco el olor.

**Fabián:** Estoy de acuerdo con usted, a veces el olor es insoportable, pero sólo se da el caso cuando la tripa no se lava bien. En ocasiones no le sacan toda la mierda y eso hace que huelan mal; pero todo es cuestión de talento. Hasta en esto de preparar tacos debe tener mañas, como cuando uno quiere ser actor o músico, el taquero debe sentir esa pasión y saber que nació para ello. Usted no sabe lo buenos que son los tacos que hace mi cuñado... ¿conoce a mi cuñado, doctora?

**Ruvalcaba:** No, no tengo el gusto.

**Fabián:** Pues el joven es un genio: tiene 22 años y ya es un experto en los tacos. Precisamente los de tripa son de los que más vende. Al principio yo no entendía

por qué la gente come esas porquerías, pero un día me di el valor y los probé.

**Ruvalcaba:** ¿Puede hablar de otra cosa? El olor de este lugar es nauseabundo y con su conversación se me revuelve el estómago.

**Fabián:** A veces es bueno hablar de cosas estúpidas... ¿Y su esposo qué piensa?

**Ruvalcaba:** ¿Mi esposo?

**Fabián:** Sí, qué piensa su esposo de todo esto.

**Ruvalcaba:** Mi esposo... Pues fue algo difícil. Sobre todo porque hemos tenido unos meses muy difíciles desde que perdí al último. Fueron semanas en las que no paraba de llorar. El proceso para asimilar que ya no puedo tener hijos me ha sido sumamente complicado... pero ya tomé una decisión... ¿Por qué huele tan mal?

**Fabián:** Voy a echar de esta cosa otra vez.

**Ruvalcaba:** No, no déjelo así.

**Fabián:** Como usted quiera.

**Ruvalcaba:** ¿Cómo sigue de su problema?

**Fabián:** Los bichos... ahí siguen, no puedo matarlos.

**Ruvalcaba:** ¿Se ha puesto las lociones, los champús?  
¿Se ha tomado las pastillas?

**Fabián:** Sí, pero no quieren irse.

*Modesta se para de su asiento, se dirige hacia donde está Fabián y le da tres violentas cachetadas y le escupe. Después queda inmóvil otra vez.*

**Ruvalcaba:** Habrá que cambiar el tratamiento.

**Fabián:** No, así déjelo, ya se irán algún día. Cuénteme, ¿qué más dijo su esposo?

**Ruvalcaba:** Después de que usted me contó sus problemas y de la posibilidad de hacer que este sueño que mi marido y yo tenemos se haga realidad, decidí comunicárselo de la forma más sutil debido a que usted y yo sabemos que no es un caso fácil.

**Fabián:** Hábleme de tú.

**Modesta:** ¡Mamón! ¡Mariconcete!

**Fabián:** Las visiones siguen.

**Ruvalcaba:** ¿Qué?

**Fabián:** No se va, me habla todo el tiempo, me golpea...

**Modesta:** Ahora quieres deshacerte de mí ¿verdad? Ya eres grande, nadie te lastima, nadie te molesta, tu vida está a punto de ser perfecta y ya no me necesitas...

**Ruvalcaba:** No aguanto más, ¿dónde está el baño?

**Modesta:** Sin mí no haces nada, blandengue. Esto no existe sin mí, bastardo...

**Fabián:** Detrás de la cortina de plástico a la izquierda, doctora...

*Ruvalcaba sale casi vomitando mientras Modesta golpea salvajemente a Fabián.*

**Modesta:** Deja de ser amable. Ve directo al grano y no te pongas a socializar. ¡Imbécil! Nunca has sido bueno para relacionarte con nadie, no vengas con esas mamadas ahora. A estas alturas deberías estar lejos de aquí, ¿crees que no se van a dar cuenta? Apesta a dos kilómetros...

**Fabián:** Ya, está bien, voy directo al grano.

*Ruvalcaba entra pasmada.*

**Ruvalcaba:** Hay un... dos...

**Fabián:** Regresó muy rápido, doctora. Sígame contando, ¿qué dijo su esposo?

**Ruvalcaba:** Hay dos cuerpos tirados en el baño.

**Modesta:** ¡Idiota! ¡Qué novedad!

**Fabián:** Ya sé que hay dos cuerpos en el baño, doctora. Pero no les preste atención, ya no son tan molestos como antes... y del olor no se preocupe, ya le dije que todo es mental, me la he pasado cinco días metido aquí y créame que uno se acostumbra...síntese... dígame, vamos a hacer el negocio sí o no...

**Ruvalcaba:** Quiero irme a casa.

**Modesta:** Va a largarse. Fuiste muy lento, ahora vas a tener que presionarla.

**Fabián:** No puede hacer eso, aún no hemos llegado a un acuerdo.

**Ruvalcaba:** Sólo quiero irme a casa. Ya no quiero.

**Modesta:** Dile a la perra que se calme.

**Fabián:** Doctora, siéntese y relájese... ¿quiere que prenda el radio?

**Ruvalcaba:** ¡Déjame salir, Fabián!

**Fabián:** Carajo, usted no va a ningún lado, tiene que decirme si vamos a hacer el negocio.

**Ruvalcaba:** Déjame ir a casa. Por favor, no me hagas nada.

**Modesta:** Ya va a empezar a suplicar. ¡Ni madres! No la dejes, ahora tiene que llevárselo.

**Fabián:** No se puede echar para atrás, doctora. No sabe todo lo que hice para llegar a este momento.

**Ruvalcaba:** ¿Tú los mataste?

**Fabián:** A los tres.

**Ruvalcaba:** ¿Tres?

**Fabián:** ¡Con una chingada! ¿Trae el dinero o no?

**Ruvalcaba:** Estás enfermo, Fabián.

**Modesta:** ¡Un putazo!

*Fabián golpea a Ruvalcaba dejándola en el suelo.*



- Fabián:** No quiero repetir eso con usted, doctora. Todo era tan fácil.
- Modesta:** Esa hija de puta cree que con su dinero puede comprar todo, Tú y yo, Fabián, acuérdate, vamos a enseñarle a esta gente a no ser tan cobarde, tan mierda, tan arrogante...
- Fabián:** ¡Tú cállate! Me aturdes, me harta tu voz, tú y yo no somos nada, nunca hemos sido nada... Me da el dinero, le doy al bebé. Así de sencillo.
- Ruvalcaba:** Ya no quiero nada, Fabián, sólo déjame ir.
- Modesta:** ...jamás nos van a olvidar, te aseguro que tú y yo los haremos cambiar.
- Fabián:** No se va a ir, usted ya tiene un hijo y no lo va a abandonar tan fácil. ¿Dónde está el dinero?
- Ruvalcaba:** *(Llorando)* En el maletín.

*Fabián y Modesta toman el maletín, lo abren y se ven uno al otro satisfechos.*

- Fabián:** Deje de llorar, no es para tanto, doctora, me pone nervioso verla así.
- Modesta:** A fin de cuentas es una zorra chillona.
- Fabián:** Escuché que dijo que iba a ser fuerte. No llore, todo estará bien.

**Ruvalcaba:** Ya no quiero estar aquí, Fabián.

**Fabián:** ¡Ya cálese! Deje de llorar de una buena vez. Baje la cabeza, cruce los brazos y no se mueva de ahí. *(A Modesta)* ¡Cuídala!

*Fabián sale por detrás del plástico. La doctora llora en el piso y Modesta la observa. Fabián regresa con una cunita y una maleta de bebé.*

**Fabián:** *(A Ruvalcaba)* No está registrado, tiene tres meses, pesó tres kilos con doscientos gramos, nació por cesárea, a partir de este momento tiene un papá y una mamá que lo quieren mucho, yo no existo para él, su madre tampoco, nadie sabe nada, excepto que usted y su esposo son unos padres muy felices. Nosotros lo tratamos mal, su vida a nuestro lado iba a ser miserable, tenía malos ejemplos, su futuro era ser un delincuente, lloraba desconsolado en las madrugadas, pero supongo que eso se soluciona con amor. Va a traerles muchas sorpresas desde el momento en que entre a su hogar, es un niño diferente, ya lo verá, trae algo muy bueno dentro de él. El niño es suyo, el dinero es mío, le cambio esta felicidad

de ser madre por un poquito de lo que tiene, doctora exitosa, mujer ejemplar. Ya deje de llorar, esto va pasar, debe ser fuerte para lo que viene. Tome al bebé y suba a su auto, no lo destape hasta que llegue a casa y obsérvelo. ¿Me está entendiendo?

**Ruvalcaba:** Sí, entiendo.

**Fabián:** Cuando llegue a su casa con su esposo y se dé cuenta de su nueva situación, olvidará este pequeño y desagradable episodio. Se dará cuenta que a veces la vida no es tan hermosa como la ve.

**Ruvalcaba:** Yo nunca he dicho que la vida sea hermosa.

**Fabián:** Para usted ha sido hermosa. ¿Cree que es bastante lo que ha sufrido por no poder tener hijos, porque no le respetaron la reservación en un hotel en semana santa, porque su padre y madre murieron, porque hay dementes gobernando, porque el banco no abre los domingos? ¿Por ese tipo de pendejadas cree usted que la vida apesta?

**Ruvalcaba:** La gente como ustedes, la que fracasa y la que odia a los demás por ser exitosos no tiene derecho a abusar así de los demás.

**Fabián:** ¿Y cómo sabe usted que no han abusado de mí? Hay maldad, hay sentimientos miserables en la gente, nos hemos convertido en lo que mas odiamos. ¿Y qué va a hacer usted como madre? ¿Qué puede hacer usted para que el niño sea un humano? Yo sé que no podrá hacer nada y le he ahorrado muchas cosas. La vida es jodidamente cruel y por un momento la verá como yo la veo. En este momento a mí me toca hacerla mierda y créame que lo disfruto. Empiezo a comprender muchas cosas.

**Modesta:** Deja de dar discursos mamones y dile que se vaya.

**Fabián:** Será mejor que tome lo que le pertenece y saque sus exitosas nalgas de aquí.

*Ruvalcaba toma la cunita y la maleta. Sale corriendo.*

**Modesta:** Pobrecita... da lástima. Te pasaste de cruel.

**Fabián:** No te entiendo.

**Modesta:** Nadie me entiende. *(Pausa)* ¿Puedo quitarme los calcetines?

**Fabián:** No.

**Modesta:** ¿Y ahora que hacemos?

**Fabián:** Irnos.

**Modesta:** Tienes razón, ya no hay nada qué hacer aquí... ¿Cómo te sientes?  
**Fabián:** ¿Cómo me debo sentir?  
**Modesta:** Satisfecho.  
**Fabián:** Tal vez.  
**Modesta:** ¿Te imaginas la cara de la doctora?  
**Fabián:** No, no me la imagino.  
**Modesta:** Va ser la misma cara que pusieron los tres bastardos.  
**Fabián:** Si.

*Pausa.*

**Modesta:** Te amo.  
**Fabián:** Yo no. Me picas. Eres molesta.  
**Modesta:** ¿Nos vamos?  
**Fabián:** Esperemos un momento.  
**Modesta:** Está bien... unos minutos más y nos vamos.

*Pausa.*

**Fabián:** Saca la pelota.  
**Modesta:** ¿Qué se hace cuando uno cree que hizo lo correcto para liberarse de las cosas que lo ataban, que lo hacían sentir basura?  
**Fabián:** Tal vez meterse en más problemas. Buscar una nueva forma de atarse.

**Modesta:** Finalmente eres libre.  
**Fabián:** No es cierto. Aún quedas tú. El día que yo quiera me deshago de ti. Pero ahora me siento solo. Puedes quedarte un poco más aquí conmigo. *(Pausa)* Saca la pelota.

*Modesta saca una pelota morada de su vestido y se ponen a jugar.*  
*Oscuro.*

## Escena 2

### Así como Thalia

*El cuerpo de un cerdo está en el piso. En medio de la mesa está la cunita. El ventilador sigue prendido. Bernardo tiene puesto un mandil sucio y botas de carnicero.*

**Bernardo:** Los buenos tacos son aquellos en los que puedes diferenciar el sabor. A veces no se sabe si estás comiendo un taco de suadero o uno de cabeza. Las salsas también son muy importantes. Si la salsa no es buena, te jode todo el sabor del taco. En el caso de las tripas, deben estar bien cocidas, de lo contrario no es posible encontrarle un buen sabor, la boca queda con una sensación desagradable y el estómago no digiere bien. *(Toma un cuchillo y lo afila)* Hay gente a la que le gusta la carne mas bien cruda, pero quien va a comer a mi puesto debe aceptar mi método, porque ha funcionado, todos los días está lleno. Quien sabe comer bien, al que le gustan las buenas cosas, acude a Bernardo, el gran Bernie y su hermano estúpido Toby. Buenos tacos, buenos negocios, piratería y droga

de buena calidad. Todo esto a excelente precio. Y nadie jode a Bernie, ningún pedazo de animal imbécil tiene el derecho de verme a los ojos. Si te ganas la confianza de Bernie, puedes hablarme, pero si no te doy permiso y tienes los cojones para hablarme directo... *(Deja de afilar el cuchillo y va detrás del plástico, toma el cerdo lo abre y saca las vísceras del estómago)* ¿Ves a ese chavo que mataron porque quiso acaparar el negocio? Pues a mí no me va a pasar eso. Me he ganado el respeto de la zona a base de chingadazos y buenos planes. Debes rodearte de la gente necesaria, que no sean demasiados, que no sean inteligentes pero que se vean rudos y sepan repartir golpes y una que otra labor sádica. Pero sobre todo, tener buenos tratos con los de arriba y cumplirles. Ser eficiente, ejecutar lo que te piden y demostrar que los tienes bien puestos, que no te importa que sea tu hermano el que muera si es necesario. Esas zurradas que sacan en las películas aquí no existen. No te debe doler nada. En estos tiempos ya no debes tener ni una puta pizca de piedad, pero sí debes conocer el cuerpo humano para saber donde metes el pico. Y debes



disfrazarte, si vendes piratería, droga o prostituyes menores de edad, debes tener otro negocio honrado. Los tacos es el mío.

*Entra Toby, viste formalmente, trae unos zapatos de gamuza, está sudando excesivamente. Jala de los cabellos a Catalina que está vestida con un pequeño short, unas sandalias, y una ligera blusa.*

**Toby:** Bernie, ven acá manito.

**Bernardo:** ¿Qué hay, Toby?

**Toby:** Traigo a la niña que vende de lo nuestro en su escuela.

**Bernardo:** ¿Dónde la encontraste?

**Toby:** En el lavado de autos. ¿Estuvo bien manito?

**Bernardo:** Muy bien, Toby, siéntala.

**Toby:** Está buena, manito.

**Bernardo:** Es una belleza, Toby, pero primero hablamos con la zorra. *(A Catalina)*  
¿Cuántos años tienes?

**Catalina:** Dieciséis.

**Toby:** Se me está poniendo dura, manito.

**Bernardo:** No hables, Toby. Pones nerviosa a nuestra nena. ¿A quién le compras la droga, preciosa?

**Catalina:** A Catalina.

**Bernardo:** Cathy es buena chica, ¿no crees? ¿Cómo te llamas?

**Catalina:** Estefani.

**Bernardo:** Bien, Estefani. Cathy, mi hermanita, es una buena chica, ¿no crees?

**Catalina:** Creo que sí.

**Toby:** Cathy es buena.

**Bernardo:** ¡Con un carajo, Toby, cierra la boca! Estefani se incomoda. (*Pausa*) Cathy te da la droga muy barata, ¿no es así, Estefani?

**Catalina:** Sí

**Bernardo:** ¿Y es buena? ¿Te satisface lo que consumes?

**Catalina:** Es buena.

**Bernardo:** No entiendo entonces cómo es que Cathy, que es tan buena contigo, que te da de lo mejor para tu uso exclusivo, sea tan tonta como para no patearte el culo por estarle jodiendo el negocio. No creo justo que revendas lo que te damos a mayor precio en tu escuela. ¿Crees que no se iba a enterar nadie? ¿Crees que por ser una niña bonita hija de papi, no te íbamos a hacer nada?

**Catalina:** No fue mi idea, fue mi novio.

**Toby:** Tiene novio, manito.

**Bernardo:** ¿Y tu novio se lleva alguna parte de lo que vendes?

**Catalina:** La mitad.

**Bernardo:** Nadie nos jode. Mi hermano Toby, mi hermanita Cathy y yo estamos autorizados para acabar con gente tan aprovechada como tú. ¿Sabes los sacrificios que tenemos que hacer para que muchos consumidores puedan meterse a su organismo lo que les dé su puta gana?

**Catalina:** No me toques.

**Bernardo:** ¿Sabes lo que nos arriesgamos los que nos dedicamos a esto? ¿Ves aquel cerdo? Pues este pequeño murió por todos ustedes, murió para poder transportar unos pesados paquetes de cocaína en su vientre. Su muerte no fue la de un cerdo normal que está destinado a ser cagado por nuestras tripas. El cuerpo de este cerdo no va a ser usado con dignidad. Pero estoy pensando en mandar este cerdito al cazo para preparar unas carnitas y usarte a ti para transportar a Blanca Nieves. Eres una pequeña zorra. Te podría matar así. Pero el cerdo tuvo más dignidad que tú, que traicionas, y que lloras y suplicas como ahora.

**Toby:** ¿Puedo encuerarla, manito?

**Bernardo:** Hazle lo que quieras a este pedazo de porquería.

**Catalina:** No, no hagan nada, ya no vuelve a pasar.

**Toby:** Blusa... Quítala.

**Bernardo:** Con calma, Toby, con calma. (*Catalina muerde el brazo de Toby*) Escúchame, pendejita, vamos a hacer un trato. Toby y yo vamos a dejarte ir si te dejas por las buenas. Si te pones difícil, de todos modos vamos a hacer de ti nuestra puta. ¿Estamos de acuerdo? ¿Qué decisión tomas? (*Pausa*) Así está mejor, nena.

**Catalina:** ¿Qué quieres que haga?

**Bernardo:** Te diré qué es lo que quiero, pero pon atención porque solo lo digo una vez.

**Toby:** Atención, perra.

**Bernardo:** En estos días estás de suerte. Acabo de recuperarme de un problema muy desagradable en los genitales, así que estoy un poco delicado y no podremos tener un contacto más cercano, pero obedecerás a todo lo que te indique sin protestar. Y después se la chupas a mi hermano. Si lo haces bien, te vas.

# Prohibido acostarse al sol

De Véronica Bujeiro



*Una pared de cajas de desiguales tamaños, lo suficientemente conglomeradas como para bloquear el paso del Sol. La única manera de reivindicar el paso de la luz es irrumpir en la aglomeración manualmente y hacerla circular sin cesar.*

**A:** Mis recuerdos son los recuerdos de otras personas. Lo que yo he visto antes ha sido visto por otros. No creo poseer recuerdos. Es más, no creo poseer nada. El mar, por ejemplo, otros lo han visto antes que yo. No soy el primer ser humano, ni creo ser el último. Fui allá a ver lo que otros antes de mí. El mar. Un gran pedazo de agua azul de día y un gran pedazo de agua negra en la noche. Si me recuesto creo que puedo oírlo. Está en la almohada. En la maldita almohada. Escogí una con sonido de mar que ni siquiera es mía, sino del gobierno.

**B:** Estoy en un cuarto lleno de gente. Sillas blancas, como de consultorio. Estoy vestido. Ellos no. Tomo fotografías. No. Estoy esperando junto a la gente sin ropa ¿Qué estamos esperando? Tendría que preguntar. La gente sin ropa se encuentra muy cómoda. Yo no. Visto un gran abrigo negro afelpado. Hace frío ¿O calor? No sé. Nadie lo siente. Alguien nos toma fotos. No sé porqué.

**A:** Mi primer recuerdo es una mierda. Quiero decir que no puedo acordarme y todo es una masa café, compacta y confusa. Veo unas manitas que sobresalen pidiendo ayuda, como queriendo decir algo, pero no puedo escucharlas.

**B:** Sigo sentado. No más fotos. Me quedo pensando. Mis recuerdos son discretos: mi madre, mi padre, mi primer perro. La calle, los juegos, la escuela, los maestros. La primera vez que me dijeron no te quiero.

*Luz*

**B:** ¿Nunca te preguntas qué hay dentro?

**A:** Algunas veces. Pero no creo que sea mi asunto.

**B:** Debe ser algo importante. Hasta sagrado.

**A:** No lo creo. Pueden ser papeles. ¿Qué puede ser tan importante que se guarde en un papel? Un cerillo y ... ¡cenizas!

**B:** Por eso estamos aquí. Para protegerlos.

**A:** ¿Del fuego? ¡Vamos! Hace tanto que no veo un cerillo. Un cerillo... ¡Diablos! Quiero un cigarro.

**B:** ¿Aún retienes el sabor?

**A:** No. Es más como una necesidad que me viene de dentro.

- B:** Yo siento eso a veces.  
**A:** ¿Por el cigarro?  
**B:** Extraño mi abrigo. Es como una necesidad que me viene de dentro. Siento frío.  
**A:** ¡Tu abrigo! Me pareciste un monstruo la primera vez que te vi.  
**B:** ¿En serio?  
**A:** Con esa cosa negra y afelpada. En ese día que hacía tanto calor ¿o frío?

*Interferencia. Entra una voz femenina. Señal: Domingo.*

- B:** ¿Qué puede ser tan inestimable como para conservarlo de este modo?  
**A:** No siempre guardamos lo importante.  
**B:** Ni todos tenemos cajas vacías.  
**A:** ¿Cómo crees que esté todo?  
**B:** Bien, supongo.  
**A:** ¿Supones?  
**B:** Imagino que las montañas y los árboles con sus pequeñas hojas están bien. Las casas y los edificios con sus pequeñas ventanas también. Creo que ningún monumento ha sido destruido hasta ahora. No importa que nadie tenga el tiempo de detenerse a rendirle tributo. Los viejos valores se mantienen de pie. Veo a la gente caminando apresurada por las calles. No sé a dónde van. Me hacen



pensar en esa sensación que tenía de chico hacia las hormigas. La misma pregunta. Luego descubrí que se metían en un agujero y...

- A:** Maquetas. Piensas en maquetas.
- B:** Todo el tiempo. No importa que tan grande sea el edificio, yo lo veo pequeño.
- A:** ¿Eso es lo que hacías antes? ¿Maquetas?
- B:** No. Tomaba fotos.
- A:** (*Riendo*) ¡Fotos!
- B:** A los nueve, Papá nos regaló una cámara. “Lleven la foto en vez del objeto y viajarán más ligero”, dijo. Esa fue la última vez que lo vi, pero su foto aún me acompaña. Luego yo también partí y tomé fotografías de todo cuanto vi. Una buena compañía sin duda. Silenciosa, ligera. Fiel hasta cierto punto. Sin demandas, ni contratos.
- A:** Yo no puedo ver nada.
- B:** ¿Y si lo intentas?
- A:** Nada.
- B:** ¿Ni siquiera un pequeño monumento?
- A:** Sólo me queda un eco. Un sonido distante.
- B:** Es la almohada. Seguro escogiste el modelo de mar.
- A:** ¿Tú?
- B:** El modelo desierto.
- A:** ¿A qué suena?
- B:** A Sol.

*Interferencia. Señal...*

- A:** Miento. Veo las caras derretirse. Sus nombres en pequeñas flamas, sus bocas, cuerpos y narices en crecientes llamas. Lo último son los ojos. Los ojos se quedan allí más tiempo. Intento reconstruirlos entre esa masa deforme de piel, pero es inútil. Me hacen pensar en esa sensación que tenía de chico hacia las hormigas. Al verlas derretirse bajo la lupa. Patas, antenas, ojos...
- B:** *(Riendo)* ¿Recuerdas aquel mapa de la última vez? Tenía tantas divisiones que era difícil distinguir el sur del norte. Donde estaba África ya quedaba Tierra de Fuego. Parecía que todo se derretía en una masa que...
- A:** Al menos no era nuestra autopsia.
- B:** Ya es un consuelo. *(Pausa)* ¿Y tú qué hacías antes?
- A:** Custodiaba. Sólo que tenía una hora de llegada y de salida. Y en el medio, en las tediosas horas de espera, pretendía consumir uno a uno aquellos volúmenes llenos de palabras que me quitaban el aire por ocho horas. Al comenzarlos entendía perfectamente el porqué de la defensa, pero al ir avanzando en esa inevitable dirección, había un sentimiento que aún ahora no sé explicar. Al avanzar había algo tantas veces conocido que...

*B saca un frasco de píldoras de entre las cajas.*

**B:** Tiempo de alimentarse ¿Qué tendremos para el menú de hoy?

*B reparte. Ambos tragan.*

**A:** Carne con guisantes. Salada. ¿Y de postre?

*B saca un frasco de píldoras de entre las cajas y reparte.*

**B:** Gelatina de plátano. Un lujo para estos días.

*Tragan. Silencio.*

**A:** Aún tengo el sabor de la sal en el paladar.

*Interferencia. Señal: Lágrimas.*

**A:** Me gustaría llenar esa boca con arena.

**B:** (*Riendo*) ¿Veías ese programa?

**A:** ¿Qué?

**B:** La mujer hablaba y hablaba y al final llegaba un tipo que la alimentaba con tierra. El programa se terminaba y él seguía alimentándola. Pasada la media noche y ella ya llevaba un camión de tierra. Más y más tierra. Nunca se cansaba. Su apetito era insaciable.

Tierra y tierra. Lentamente, cucharada tras cucharada. Sus ojos en completo blanco, pero el hombre no paraba. Lento, cucharada tras cucharada.

**A:** No era lento. Nunca fue lento.

**B:** ¿No?

**A:** Era una repetición. Al siguiente día ella seguía hablando y al final él llenaba su boca con la misma tierra que el día anterior.

**B:** ¿La misma?

**A:** A algunas mujeres les gusta el sabor de la arena.

**B:** De eso no trataba el programa. A esta le daban tierra.

**A:** ¿Tierra, arena? ¿Cuál es la diferencia?

**B:** El mar.

**A:** ¿Puedes oírlo también?

**B:** No. Es la almohada. Ese modelo tuyo es muy ruidoso.

**A:** ¿Cómo lo sabes?

**B:** Duermo en tu cama seguido. Me das calor cuando tengo frío. Cuando extraño más el abrigo.

*Silencio.*

**B:** Tengo frío.

**A:** ¿Estás pensando en algo prohibido?

- B:** No.
- A:** En un edificio libre de humo, prendo un cerillo. Alguien lo sabe, puedo sentirlo. Me siento en el punto de cometer un crimen, de cruzar la barda hacia el límite prohibido. Pero hay algo que me hace avanzar. Acercó la flama al cigarro y al darle la primera fumada, siento los finales de todos esos libros.

*Interferencia. Señal: La primera vez que me dijeron no te quiero.*

B desprende rápidamente una pequeña caja del conglomerado. Saca unas fotos que muestra a A.

- B:** Esta es mi madre. Mi padre. Mi primer perro. Mi calle. La escuela a la que fui durante años. Mi maestra de primero. De esta foto...

*Interferencia. Señal: ¿Pan?*

- B:** De esta foto...

*Interferencia. Señal: ¿Cuchillo?*

- B:** No me acuerdo.

*A desprende del conglomerado una caja igual a la de B.*

**A:** Deberían de dejarnos traer otras cosas en vez de esta estúpida caja.

**B:** ¿Cómo qué?

**A:** No sé. Algunos libros, por ejemplo.

**B:** ¿Libros de fotos?

**A:** No todo cabe en las fotos.

**B:** ¿Qué hay en la tuya?

**A:** Nada.

**B:** ¡¿Nada?!

**A:** Todo lo que me ha pasado me acompaña. Cruza la calle. Abre la puerta. Recoge el Diario de la banqueta. Se cepilla los dientes al espejo. Come la carne con guisantes y siente el mismo asco. Aún al oír la almohada modelo de mar sigue allí. No podría decir que somos buenos camaradas. De niño me enseñaron a evitar las malas compañías, pero vivíamos en un barrio muy malo, así que no tenía de otra. Lo mismo casi, puedo decir ahora. (*Pausa*) Es raro que aún tengas fotos.

**B:** ¿Por qué?

**A:** En la segunda radiación nos deshicimos voluntariamente de ellas. No era bueno tenerlas.

**B:** Imposible. Yo nunca dejé de tomarlas.

- A:** Mientes. Las dejábamos afuera esperando a que un día saliéramos y desaparecieran. Las espíamos por la ventana, viendo como esas caras, edificios y naturaleza se descomponían dándonos una idea de esa nueva versión de lo que había allá afuera.
- B:** No miento. Nunca dejé de tomarlas. Yacían por todos lados tiradas. Empecé a desaparecerlas. A quemarme las manos por todas esas sonrisas, por todas esas poses para el momento de posteridad. ¿Qué más quedaba? Si al diario de cada mañana se le iba cayendo el negro, hasta que un día llegó completamente en blanco.
- A:** Blanco, lo recuerdo. La maldita sensación de levantarse, cruzar la calle y recoger el diario de la banqueta en completo blanco. Blanco circulando aún en la custodia de ocho horas. No había más finales en todos esos libros. Después de eso empezaron las repeticiones y yo empecé a custodiar el libro.
- B:** ¿Qué libro?
- A:** Uno que estaba prohibido.
- B:** ¿Tenía fotos?
- A:** No todo cabe en las fotos.
- B:** Pero, mi padre dijo que...
- A:** No tiene importancia. Tu padre se esfumó.
- B:** ¿Dónde está ese libro? ¿Lo sacaste afuera,

junto con las fotos?  
**A:** No. Está aquí mismo.

*A toma un libro gordo y diminuto de su caja.*

**B:** Cuantas palabras. Muchas palabras.  
Demasiadas para ser exacto.

**A:** Es un diccionario.

**B:** No sabía que estuvieran prohibidos.

**A:** Fue poco después de la primera radiación.  
Se volvieron escasos.

*B hojea el libro.*

*Interferencia. Señal: Una pila. Un perro. Una llave. Un disco transparente. Una libreta incómoda y pequeña que tiene cosas que escribí de niño. La foto de mis padres. Una cuchara, un pan y un cuchillo.*

*B cierra el libro.*

**B:** ¡Tenemos que destruirlo! Hoja por hoja cada día, junto con el desperdicio que va a la sombra. Es lo más seguro.

**A:** Podríamos necesitarlo.

**B:** ¿Para qué?

**A:** Piensa, podría sernos útil.

**B:** ¿Para qué?

**A:** ¿Y las fotos?

**B:** ¿Qué con ellas?

**A:** Tíralas. No las soporto.



- B:** Primero acabemos con el libro lleno de cosas prohibidas.
- A:** ¿Como el Sol?

*Interferencia. Señal: ...*

*Interferencia. Señal: ....*

- B:** ¿Qué puede ser tan inestimable como para querer conservarlo de ese modo?
- A:** Puedes hacerlo lentamente, día a día junto con el desperdicio que se va a la sombra.
- B:** ¿Y el libro?
- A:** Tirémoslo en una pieza si se va con las fotos.
- B:** No puedo.
- A:** Lentamente no es difícil. Recuerda como perdimos el lunes y luego el martes hasta el viernes. El sábado nos duró un poco más. Era el día en que volvíamos a ser niños, cuando nos advertían no mirar el sol.
- B:** Podía dejarnos ciegos.
- A:** Pero siempre obedecíamos, sólo para llegar a casa y ver las repeticiones pasar. Como el lunes, el martes, miércoles y jueves, hasta que un día el sábado también desapareció.
- B:** Si me deshago de ellas me sentiría desprotegido. Como sentí cuando me quitaron el abrigo.

- A:** (*Riendo*) ¿Veías ese programa?
- B:** ¿De qué hablas?
- A:** Un hombre salía debajo de su cama con un abrigo. Caminaba por las calles acechando, disimulando con una cámara. Y al momento de encontrar una víctima, enfocaba y se abría el abrigo para descubrir su lánguido cuerpo desnudo. La ley lograba atraparlo y le recordaban que actos como ese estaban completamente prohibidos. Pero el hombre huía siempre al final de cada capítulo, para correr de nuevo debajo de su cama y salir al otro día con su abrigo.
- B:** Nunca lo vi.
- A:** Seguro que lo hiciste. Era una de las repeticiones.
- B:** Yo sólo recuerdo a la mujer que tragaba tierra.
- A:** ¡Eso es porque conservas las fotos! Yo la había olvidado y la trajiste de vuelta, con tus postales encontradas en un basurero.
- B:** No puedo. Si las tiro ¿qué me queda?
- A:** Oír tu almohada. Esperar la carta de perdón. Regresar.
- B:** Sabes que no queda nada.
- A:** ¡Sospechas! Sólo sospechas. No era mucho lo que sabíamos por medio de las repeticiones o por espiar entre las persianas. No nos

quedaba nada en claro con todas esas fotos quemadas, con todos esos diarios en blanco, con esos libros sin finales.

**B:** Aún quedaba un día.

**A:** Mentira. Todos estaban perdidos.

**B:** Todos menos uno.

*Interferencia. Señal: Domingo.*

**B:** Las hormigas tenían que ir a algún lado. Tenían que comprobar que las montañas y los árboles con sus pequeñas hojas estaban bien, las casas y los edificios con sus pequeñas ventanas también. Pasaban de largo los monumentos, pero comprobaban que aún se mantenían de pie. Estaban ocupadas tomando fotos, comprando postales, construyendo maquetas de lo que habían visto para regresar a sus hoyos con cosas sobre sus cabezas.

**A:** ¿Qué cosas?

**B:** Cosas que guardaban en cajas.

**A:** Debes de haberte confundido. Ese día no existió, nunca ha existido. Todas las hormigas murieron debajo de la lupa. Quemadas sin misericordia. Patas, antenas, ojos derretidos... esperando esa carta de perdón.

*Interferencia. Señal: Una pila. Un perro. Una llave. Un disco transparente. Una libreta incómoda y pequeña que tiene cosas que escribí de niño. La foto de mis padres. Una cuchara, un pan y un cuchillo.*

**B:** ¿Qué crees que haya allí dentro?

**A:** No lo sé.

**B:** ¿Quién crees que lo haya traído?

**A:** Las hormigas tendrían que ir a algún lado. Como las coladeras.

**B:** ¿Qué puede ser tan inestimable como para conservarlo de este modo?

**A:** No siempre guardamos lo importante.

**B:** Ni todos tenemos cajas vacías.

**A:** ¿No?

**B:** Por eso yo también salí ese día. Traía puesto el abrigo. Iba dispuesto a hacer algo prohibido.

**A:** ¿Acostarte al sol?

*Interferencia.*

# La eroticomedia

De Mariana Hartasánchez



Los arcoiris no aparecen por casualidad, aparecen porque un fenómeno metereológico hace posible que toda esa gama de colores se dibuje de pronto, intempestivamente, en el panorama celeste.

Un arcoiris es...absoluta e inalienablemente... patético. *Detrás del arcoiris*, más patético todavía. Pero Judy Garland es lo peor, es el caso extremo del patetismo. Ya no estaba tan niña, de hecho ya estaba bastante huevonsota cuando la contrataron para hacer de Dorotea. Tenía, al comenzar a rodar la cinta, dos insípidos limoncitos de taquería, dos pechines chiquilingos; pero conforme avanzaba la filmación del *Wizard of Oz*, los limones se le fueron toronjeando rápidamente. Los productores estaban francamente consternados, el cuerpo de la joven e inocente ninfa se había convertido, de pronto, en una efigie de voluptuosa sensualidad. Fue entonces cuando la forzaron a ponerse en las tetas una cinta opresora para que las bubis florecientes no se asomaran y delataran su incipiente... frondosidad. Pobre mujer, oprimida desde el inicio de su madurez sexual, todo con el afán de hacerla parecer escuincla pendeja. Yo no sé como el tornado no le arrancó la cinta. Hubiera sido una escena memorable: la Garland volando en pelotas por los aires.

Supongo que después de esta introducción es fácil adivinar quien eres.

La *Tin Woman*. *Tin* es hojalata y *woman* es mujer. La mujer de hojalata. Pero también suena a *latin woman*. La mujer latina. Y si se le pone una conveniente “ache” a la palabra *tin*, tendremos como resultado *thin*, delgada. Así que con todo este bamboleo lingüístico acabas siendo una mujer de hojalata, latina y delgada; lo que se traduce en que eres una pinche vieja insensible, tercermundista (o región cuatro, como dice un amigo), y con deseos de pertenecer al canon occidental de belleza anoréxica.

De todas maneras ser una mujer sin corazón es menos patético que el arcoiris y la olla de oro y la Garland con las chichis aplastadas. Carecer de corazón es el más loable de los actos de supervivencia.

Estás harta de sufrir por amor y dinero. Fastidiada de vivir una vida convencional. Los problemas te tienen hasta la madre y has decidido que es momento de darle un giro a la mierda de vida que has llevado hasta ahora. Treinta años siendo buena, decente, dedicada, responsable, pero sobre todo... pendeja. Por eso elegiste esta fantasía sexual para una primera cita. Aquí estás, vestida de mujer de hojalata, esperando al individuo en cuestión. Un individuo a quien sólo has visto una vez, en un elevador. Nunca antes habías hecho algo así de extremo, pero ya es hora de que toda tu frustración se sublime a través de juegos eróticos y perversos. Qué pensaría tu santa madre si te viera. De hecho sí te vio, cuando fuiste a darle su valium,

seguramente acabará por creer que estos harapos indecentes son producto de una alucinación malsana.

Esperas al tipo en tu departamentito del centro histórico, el sensual y cachondo centro de esta ciudad patrimonio cultural de la humanidad. La humanidad, qué sensual palabra. Todo parece estar confabulado para que tu sensualidad despierte. Te quedaste sin trabajo y te la pasabas pegada a la tele, tanto pinche anuncio y series gringas pseudo porno te ha hecho darte cuenta de que eres una bestia sexual. Tanto *Sex and the City*, tanto conejita de *Playboy*, tanto refresco en forma de pene... te hizo darte cuenta de que lo que necesitas es liberar tu instinto salvaje para ser feliz, muérete de hambre, pero sé cachonda. El puto país se puede estar cayendo a chachitos, pero qué más da, debes darle su *MForce* a los ánimos. Muérete de hambre, pero sé cachonda.

Pusiste la mesa y un chingo de velas. Te perfumaste la entrepierna y hasta te peluqueaste el peluche en forma de corazoncito, para que vaya *ad hoc* con el resto del atuendo. En la cama pusiste sábanas fiuca porque leíste en la *Muy Interesante* que ese color enciende a los machos. Los antiguos egeos consideraban el fiuca como afrodisíaco, por eso pintaban las vergas de los barcos de este color, que era extraído de clítoris de mono aullador. Compraste condones con sabor, uno a mole de olla, otro a bolognesa y otro a aderezo *light* para ensalada César.



Al tipo, efectivamente, lo conociste en un elevador. Otra fantasía sexual de lo más patética. En un apogón. Sí, para película porno de baja categoría, ya lo sabes, pero no te importa. Tú Ibas a una cita de trabajo y él... no tienes la menor idea de a qué iba. El caso es que ahí estaba él. El elevador iba atestado, gente olorosa, perfumada, con expectativas. Seguramente todos iban a pedir trabajo porque los habían corrido de su empleo. Patético. Las expectativas laborales son terribles. Pensar que después de meses de sufrir por las penurias económicas, vas a encontrar un trabajo bien pagado y en el que casi no tengas que hacer ni madres, es el sueño del mexicano promedio. Pero en este país está muy cabrón encontrar una oportunidad como esa. Aún así, todos nos la pasamos añorando, soñando, guajireando que nos va a llegar la fortuna de pronto. Es como la historia de la lechera. Sí, esa que piensa que su lechita le va a dar mucho dinero, y eso que no es nodriza; y con tanto chaqueteo mental acaba meneando la cabeza como cumbiera, hasta que se le cae la olla de barro que trae en la cabeza. Para qué es tan idiota, si la hubiera llevado en un tetra pack no le hubiera pasado nada, pero no, quiso verse muy sensual balanceando aquella cosa inestable sobre la mollera. En fin, así es esto de pensar que tus problemas económicos se van a terminar por arte de magia. Así te pasó, por eso te subiste a ese elevador. Después de meses de no conseguir trabajo, de pronto alguien, tu “amiga”, la que te tiene lástima porque

llevas meses desempleada, mientras que ella se casó con un alemán que trabaja en bombardier y que tiene una casota en la zona más rica de la ciudad te dice “Oye, amiga, te invito a comer... por qué, qué crees, acabo de enterarme que están contratando personal en la empresa de mi marido, ya sé que tu perfil es más ambicioso, eres una arista, pero por el momento, como están las cosas, tal vez deberías considerar esta opción, así que te quiero contar de qué se trata”. Y se te retuercen las tripas y piensas “Pinche zorra, qué empleo quieres enjaretarme, desde que te convertiste en *Desperate Housewife* piensas que todos tenemos que ser parte de la pinche serie tercermundista que tienes por vida”, eso piensas, pero le dices “Ay, amiga, qué linda eres, gracias por pensar en mí, a qué hora llego a tu casa”. Y claro, le aceptas la invitación a comer, porque has estado tragando en fondas baratas el último mes, así que un pato al orange no te caerá nada mal. Buscas entre tu guardarropa algo más o menos decente y te presentas puntual a la cita. Como no pudiste ponerle gasolina al Monza, te vas en taxi hasta su casa, y cuando llegas le pides al jardinero de tu amiga que te preste para pagarlo, le prometes que luego la señora se lo reembolsa. El jardinero trae el pecho descubierto y un tatuaje de Alex Syntek, suda y se contonea al compás de la música que escucha a través de los audífonos su *ipod*, si quisiera podrías pagarle... de otra forma, das gracias al cielo de que

todavía puedas tener fantasías sexuales; tu cuerpo ha tenido que sobrevivir a la catástrofe después de que te despidieron y lo más lógico sería que la libido se hubiera sofocado por completo. Afortunadamente, con tanto anuncio de *Axe* y de *Lonol* y de calzones *Rinbros* por todos lados, metiéndosete por la retina, es natural que se te apague todo, menos el deseo sexual. Bendita mercadotecnia: podrán subir los precios, podrá haber despidos masivos, podrá sobrevenir la peor carestía del siglo, pero la gente sigue cachonda, eso que ni qué.

Le sonrías al jardinero, no mucho porque tienes treinta y dos y cuando sonrías mucho ya se te notan las arrugas por no dormir bien pensando en cómo vas a sobrevivir el siguiente día. El jardinero te dice que te quedes con el cambio. Crees que tú también le pareciste una fantasía sexual nada despreciable, una mujer con un escote considerable que baja del taxi y se acerca a él, meneando las caderas en medio del agua que brota a chorros de los surtidores de riego, para pedirle que le preste... para el taxi.

Antes de que Bianca, la amiga, abra la puerta, te resbalas en la superficie lodosa y te bates el chamorro de tierra mojada, te ríes y levantas la cara hacia el cielo, descubriendo tu largo cuello, el jardinero te ofrece la manguera para que te limpies, el agua comienza a derramarse entre tus senos y la blusa blanca se pega

a tu cuerpo lentamente. El jardinero te ayuda a levantarte y de pronto quedas prensada a su cuerpo. Sientes como la manguera...

No, todo eso no pasó. Nada más le pediste para el taxi y sentiste que te sonreía, no sabes si lasciva o lastimeramente. Qué más da. Lo pensarás en el próximo anuncio de desodorante o calzones que veas.

Bianca abre la puerta, afortunadamente lo hace después del bochornoso instante del préstamo. Te saluda efusivamente y te lleva a conocer... ¿Las caballerizas? Tiene caballos. En su casa tiene caballos. Te pregunta si quieres dar un paseo a caballo antes de comer. Se trepa a un corcel blanco, tan blanco como Bianca y se suelta la cabellera, ella, no el caballo. Bianca, a caballo, se suelta el cabello, agita su cabeza y te dice ¿Nunca has montado una yegua? Y niegas ostensiblemente. Ella sonrío y muestra su dentadura blanquísima atendida por un conocedor del reacomodo dental. Bianca da vueltas alrededor de ti, parece una escena de película mexicana de las época de oro, pero en lugar de miroslava, está Bianca de piernas abiertas sobre la yegua; y en lugar de... resortes, estás tú, mirando a Bianca Miroslava. Te pones nerviosa y el caballo se percata de tu nerviosismo, así que te patea una chichi y se acaba el instante lésbico. Bianca baja del caballo y me dice que tiene *Lonol* en

casa, pero que tenga cuidado de no untármelo en los pezones porque te los puede quemar. Comienzas a creer que tanta erotización no es producto de la sarta de anuncios que te fletas en la tele a diario, sino que se debe a la falta de comida. Después de todo, esa mañana te comiste sólo una concha remojada... Mejor será no pensar en eso.

Entras a la casa de Bianca, te limpias el lodo sobre una jerga que parece tapete chino. Inevitable, haces el cálculo de lo que hubieras podido comprar con la mitad de lo que costó esa jerga. El cálculo te deserotiza por completo, lástima, estabas sobrellevando el desempleo y las carencias de una manera muy decorosa y sensual.

“Amiga”, te dice tu amiga, “Fritz y yo somos vegetarianos, espero que no te moleste”. Ahora sí, bomba atómica sobre la libido. La imagen del pato al orange emprende la migración, y de pronto se convierte en la Garland en pelotas, volando, como un pato azotado por el viento.

“No hay problema, me encanta la hierba”, dices. Y sí, te refieres a la lechuga, pero tu amiga, que tiene para solventar vicios y que además lleva una vida de ocio en la que se requieren distractores narcóticos, sustrae de un compartimento de una mochila de gimnasio, una bolsita con marihuana.

“¿Antes o después de comer?” Dice, maliciosamente.  
“Es de la mejor, Fritz la trajo desde Alemania”.

“No fumo, perdón”, le dices a tu amiga. No fumas porque con el hambre tienes para marearte y alucinar.

“Ah, qué tonta, yo creí que...” Y se caga de risa. Crees que ella ya había fumado antes de que llegaras. “Fritz no va a llegar a comer, tiene torneo de tenis y después una cena de negocios, pero eso es perfecto, porque nos da oportunidad de platicar un poquito a solas”.

Te dice que en la empresa de su marido hay dos plazas de trabajo, una como secretaria, y el otro puesto vacante es el de asistente contable. Te dice que ya sabe que eres cantante y publicista y que lamenta mucho que tanto talento tenga que ser desperdiciado en una oficina, pero que las oficinas de la empresa están preciosas y hasta tiene jardines bonsái dentro. Te dice que es temporal, que ella te va a ayudar a encontrar un mejor trabajo como publicista, porque tiene contactos. También va a recomendarte con sus amigas para que cantes a Bach y a Mozart en algunas cenas de beneficencia. Todo va a salir bien, esto es pasajero, además eres perfecta para que la imagen de la compañía se realce. Tienes clase y eres muy guapa, ah, además ese imbécil no te merecía, te trataba como basura, en lugar de acompañarte cuando más lo necesitabas se larga a Argentina y rompe su relación de un año contigo. Ella te había advertido que los argentinos no son más que fantasías sexuales, juguetitos de

medio pelo. Muy bonitos, pero igual de machos que los de México. Por eso ella se consiguió un alemán. Porque esos podrán tener todavía algo de fascistas, pero si no tienes trazas de razas inferiores no tienes por qué preocuparte. Y se ríe, porque eso fue una broma, evidentemente.

La escuchas con una sonrisa a medias. Y acabas comiéndote el brócoli y las lechugas orejona y romana y ergonómica y antropocéntrica. Te despides después de la comilona vegetariana y te regresas en camión hasta tu modesto departamento del centro. Por la noche, en medio de la batalla campal que tu intestino libra, dejando salir las almas de los soldados muertos con inusitada frecuencia, miras obsesivamente la tarjetita que te dio Bianca, con los datos del lugar al que mañana debes ir, bien arregladita con el trajecito que te prestó tu amiga. Un trajecito sastre de marca prestigiada, por supuesto. Lo bueno es que el trasero se te ve excelso con ese trajecito.

Finalmente, al día siguiente, encasquetada en ese papapeto de normalidad que es la ropa decente, llegas al edificio d, el piso es de mármol, parece palacio romano. Te subes al elevador en medio de diez mujeres y un hombre, que seguramente tienen las mismas expectativas de lechera que tú, todas olemos bien, él no sé si huele bien, porque el perfume femenino es más penetrante. Sientes cómo tus nalgas rozan las nalgas

de una de las candidatas, te repugna tal contacto, así que te echas hacia atrás y entonces sientes que queda justo detrás de ti... eso. Un detalle anatómico que ha sido la perdición de todas las mujeres de la historia. Pero no te repugna la forma en que dicho levantamiento oprime a las masas, por decirlo de manera política. Va haciéndose más y más grande...la sensación de sofocamiento, porque son demasiadas personas en un elevador. De pronto, un apagón, fuera luces. Las mujeres cuchichean nerviosas, comienzan a golpear la puerta desesperadas, pero el hombre se te acerca más y más y de pronto, giras como puedes, haciendo que las mujeres se encabronen porque casi tiras a dos de ellas al ejecutar la maniobra. El hombre te toca. Tú lo tocas también...Y las pinches luces regresan.

Sin mirarte, el hombre desliza en el bolsillo de tu trajecito carísimo un papelito, con su teléfono. Te preguntas si no es extraño que un pendejo traiga ya listo un papelito con su número de teléfono anotado. Tal vez escribe veinte o treinta de esos papelitos al día. Tal vez es un pervertido sexual que se la pasa restregándose con cualquiera, pero qué más da.

Te quedaste con el trabajo de asistente contable. Esperaste un mes para llamar al pervertido. Ayer le llamaste. Tiene voz de buena persona. Habla como Fox cuando prometía cosas. Así, muy macho, pero dulce y manipulable. Lo invitaste a cenar, pato al orange, por



supuesto. En realidad no fue por timidez que esperaste un mes para llamarlo, sino porque querías tener dinero para hacer una cena carnívora.

Decidiste vestirte de mujer de hojalata. Con tu sueldo fue lo primero que compraste, tu trajecito de *La Tin Woman*. Siempre quisiste vestirte de fantasía sexual. Tener un corazón no sirve en estas épocas, y aunque recorriste el camino amarillo y estás de asistente contable para el *Mago de Oz*, la ciudad esmeralda no existe, de pronto parece que el arcoiris puede aparecer entre los nubarrones, pero te has vuelto un poco daltónica y todo lo ves en escala de grises últimamente.

Lo bueno es que la libido sigue encendida y que las fantasías sexuales se desbordan por todos lados.



# El cielo en la piel

Rapsodia escénica de Edgar Chías



*Compartimos sólo un desastre lento:  
Me veo morir en ti, en otro, en todo  
Y todavía bostezo o me distraigo  
Como ante el espectáculo aburrido...*

**Rosario Castellanos**

*Queridos asesinos  
De este lado y de aquel y de aquel otro:  
Todo anda sobre ruedas.  
Si se exponen buenas razones históricas  
Y convincentes disculpas estratégicas  
Ya no hay delito que perseguir.*

**Eduardo Lizalde**

## Instrucción

*La regla es muy simple: se trata de un relato a varias voces no necesariamente indicadas por el autor en favor del juego imaginativo que requiere una puesta en escena inteligente, es decir, un eficiente ejercicio de lectura: un atreverse a mostrar y conocer.*

## Como te ves te tratas

Y todo desfila ante la mirada oculta e interior de tus ojos. Cuando oíste el grito detenido y raspón que laceraba el gañote de Personaje Principal tú también sentiste la rabia, hermana del mismo dolorido amor propio, y el alarido extinto cebarse dentro de ti. Supiste lo que eso significaba porque a ti el espejo no te dice cosas muy lindas que digamos cada que te atreves a lanzar los ojos ahí adentro para alisarte los cabellos o degollar uno de tus barritos que cifran en Braille la desgracia de una mano que pensando decir caricia dice mueca si se pasea por tu cara. Las burlas, los chistes odiosos, las miradillas sibilinas, la soledad de tu infancia y los jalones de greñas que te daban los pinches chamacos de la escuela. Todo un lamentable desfile de humillantes estampitas en las que estabas presente como la gente “especial”, rarita, para no decirte rápida, llana y brutalmente, como la gente jodida.

—Feo.  
—Fea.  
—Feo.  
—Fea.  
—Feo.  
—Fea.

Feo. Eres feo como pegarle a Dios, como escupirle a un niño o dejarlo morir de hambre, como aplastar un ratón con la rugosa suela de tu más nuevo zapato. Parece que no es nada grave, pero duele. Duele mucho. Es una especie de minusvalía funcional en la que sirves... para servir, para nada más. Si tu sonrisa no es armoniosa, malo. Si estás demasiado chaparrito, malo. Si gordo o si flaco, malo. Malo, malo, malo. No ser flaco, ni güero, ni en moda es ser feo. Ser feo es casi tan malo y tan triste como ser negro en Alemania, o árabe en España, o indígena por acá. Casi tan malo como ser pobre en cualquier parte del mundo. No vales nada. Pero ser feo es peor. Porque siendo negro, árabe o indígena todavía tienes la posibilidad de estar más o menos salvable, no tan tirado en la calle de la amargura. Si eres guapo eres casi negro, o casi árabe o casi indio. Si no eres feo te salvas de los infiernos de la indiferencia y la timidez quintaesenciadas, de la adolescencia tardía de no poder sentirte bien contigo en ninguna circunstancia. Vamos, siendo no tan feo y pobre te queda todavía el consuelo de la calle y la prostitución. Siempre habrá, estés sucio o limpio, al-

guien que ambicionaré tus nalgas, si tu carita no está como pateada por un caballo. No, cuando eres feo te rechingas. Los feos tienen las migajas del marginal, del exiliado social en que se convierten: el triste consuelo de la escuela y los libros. Parece que no pasa nada. Que no se hace mal a nadie al decirle que es feo. Pero no piensan eso las vías del metro que reciben en sus torcidos brazos a los desmañados suicidas, ni las gorditas que acabaron en los pelones huesos de la anorexia, ni los ñangos que se zampan esteroides para muscular. No, no piensan eso un puñado de millones de insomnes que se recetan a sí mismos el amargo aliciente de las *televentas* nocturnas para acariciar la idea de dejar de ser lo que son: una horda de deprimidos. Ser feo, otra manera de nombrar la desgracia nacional.

Pero te alegras. Nunca te dejas. Respiras y te sacudes. Ser feo debe tener sus ventajas. Ja. Sus ventajas. El feo es un clandestino nato, un inconforme abnegado, una cicatriz andante. El feo es el amor por la herida. Le hace un favor al mundo cuando en un gesto de nobleza guarda su desaliño todo cuanto es posible. Un feo en estos días en que todo te entra por los ojos, en que todo es imagen y la imagen priva sobre la vida misma, es un atentado al orden; es la vindicación de la diferencia en la era de la producción de lo idéntico, de las series masivas de clonación de lo mismo ya sin original; es una arruguita en el neurótico cutis

grasoso del mundo, un subversivo grito de naturaleza que dice Vivo, que clama Vivo, que afirma Vivo, aunque lo haga para nada; un feo es un gargajo animado sin sueños, un gusano alado de pies y manos, y un naco, automáticamente, porque nada de lo que usa o hace le queda bien... Puta madre, nada.

Ante un saldo como este, poco estimulante y apachurrador, sólo te queda un consuelo que puede también estar en tela de juicio: crees que eres inteligente. Ja. Crees, nada más. Porque piensas o te dices que piensas. Porque hay una inquietud y una certeza finales que te obligan a cambiar, a dudar, a no estar quieto y hacerte preguntas que no sabes contestar.

—No tienes nada seguro, te dices.

—No tienes nada seguro, entiendes.

—No tienes nada seguro, aceptas.

Pero te mueves...

La noche que leíste este pasaje triste en la vida ficticia de Personaje Principal tuviste un sueño muy raro. Animales inexistentes te rodeaban y te alzaban en sus informes manecillas para arrastrarte, *patitrapo* y *maniatole*, a quién sabe dónde. Lívidos fueron testigos tus ojos de que, en un sitio que no conoces, en el que no has estado, pero al que vas llegando, viste mirarte a tu muerte.

Despiertas con sobresalto, la noche lo invade todo. La cama está mojada. Mojada de ti y tienes extrañas e inexplicables ganas... de qué. De qué. De no sabes qué, porque hasta el día de hoy no conoces lo que se esconde tras esa palabra expuesta con su

**S** socarrona,  
esa **E** gritona  
y boba, una **X** patiabierta  
y su muy obscenota **O**.

Calor. Asfixia. La nueva y vieja angustiante sensación de que esto ya lo habías vivido. Estás solo y te abrazas. Sensación odiosa de vértigo interior, de náusea contenida apenas por el puño cerrado de tu boca apretada. No pudiste dormir y continuaste, muy a pesar de ti, con la lectura. Así se describe al pobre querido amigo, al muy dolorido y triste Personaje Principal:

“...Es... una criatura de silueta armoniosa, poseedora de sinuosidades *casi* perfectas: senos que caben y endulzan el hueco de una mano; caderas macizas y sabrosas de joven hembra solar; torneadas y largas piernas de firme abrazo para el amor; pequeños pies, cual rosa repetida, de suave paso sereno; y un talle que es tallo, de veleidoso balance, tallado y lunar. La piel de ese cuerpo es tan nívea y frágil, de un resplandor amoroso y matutino, que podría también llamarse nube, o cielo, o luz...”



Sí que su figura era bella, pero:  
“...A este involuntario monumento animado y natural se oponía la llana fealdad de un rostro asimétrico, cascado por el acné. Por ojos contaba con dos bulbos gotosos, hipertróficos y estrábicos. Se adosaba al serpiente con una sonrisa chueca y renegrida. Estaba coronado, además, por la pelirroja y pajiza pelusa en el cráneo demasiado pequeño para contener, en su conjunto, lo ya descrito y aquella enorme narizota de pinga con gran verruga rosada en la puntita aguileña y torcida”.

No podía estar más cercana y vedada la idiota idea de la felicidad para Personaje Principal. Teniéndolo todo cuanto para el amor se requiere, para el encuentro de los cuerpos, para el frote, el puich-puich, el *meteisca-meteisaca*; para atascarse gozosamente cuando la gana dijera Voy, la triste suerte de tener esa carita la maldecía biológicamente impidiéndole, de una vez por todas, la posible continuación de su prole. Peor, negándole para siempre jamás la oportunidad de conocer el calorcillo perverso de dos poblando de sudores y humores varios una cama, excluyéndole irremediabilmente de la inefable tara del marranaje sexual. Y es que una buena parte le entra a uno por los ojos. Y serían los ojos, implacables verdugos gregarios, los que le condenarían al asco compasivo de la fealdad.

## Esther Torsito

Escuchas tu nombre, entre trastabilleos. Susurro apenas. Tu nombre tras el velo de una sordina zumbante. Devoras ansiosa una bocanada de aire. Contracción retroesternal. Ardor y asfixia. Una mirada torcida, breve, inexpresiva. Pequeños objetos brillantes y fríos hurgan tu interior. En un destello de lucidez los miras y como pájaros de mercurio te horadan. Te perforan o te remiendan. No puedes saber. Tu nombre otra vez, y otra y una más como el eco vacío del recuerdo, ladrado y metálico, desde una región no lejana fuera de tu cabeza. Sacuden tu brazo, es el izquierdo. La intensa punzada pateo con agujas ardientes tu costado expuesto, tu sexo reventado y sientes que te derramas.

—Esther Tor...

—Háblale.

—Esther... Tor, Esther Tor... ¿Qué dice aquí?

—Esther... Torsito. Esther Torsito.

La risa macabra cimbra, agita, despierta tus miembros helados que se convulsionan. Respiras y crack, algo se quiebra, crick, y se escapa apagado un estertor inerte. No sabes cómo, pero has podido ver fundirse en la nada el brillo de tus ojos cerrados.

—Rápido, se nos va. Se nos va.

—Putra madre. Los electrodos. Los electrodos, coño...

Miras tus labios morados que besan el aire viciado. Pierdes el miedo. Tu piel es traslúcida y el brillo de tu mirada, esa expresión final, húmeda, te devuelve un reflejo, es un guiño y miras cómo te miran, miras mirarte a tu muerte. Arcada. Calor en el pecho. Dolor.

—Uno más... La tenemos...

—Esther Tor... puta madre, no puedo.

—No te rías, hijo de la chingada. No te rías.

Uno más... Uno más...

—Esther Tor...

—Esther Torsito.

Otra arcada. Calor en el pecho. Golpe de sangre que hace respirar a tu cerebro. Cabeza reventona, mareo, una luz *rompeojos*, *rasgasombras* y *miramucho* te ciega. Dolor. Y vomitas. Los dientes se serran unos a otros y corre tu lengua ese riesgo atroz de quedar rota o decapitada. Sabes que estás ahí porque sientes el dolor. Sabes que estás, pero no sabes dónde es ahí.

—Aquí, Esther Tor. Es aquí. ¿Me escuchas?

—Esther Tor...

—¿Esther Torsito?

Hablan tus ojos, dicen que entiendes. El globo de tus pulmones se siente invadido de nuevo. Respiras. Quema. Gatos y perros desmadran de ardor tu barriga. Duele, dolor. Arde. Duele, de doler.

Y te arde. Sabes que estás ahí, pero no sabes por qué. Disolvencia, pérdida, licuado de la conciencia. Respiras. ¿Respiras? Respiras. Todavía estás aquí.


## El resto es paisaje

Tu ciudad, esa turbia y corroída sonrisa desigual, dentada de pingües edificios, chaparros y amodorrados, de colorida e insistente alfombra plástica, película de desechos, y perros llaneros que siembran su mierda en el asfalto.

Tu ciudad es la casa del miedo. Tu miedo. Es el miedo.

Carta postal perfecta. Aquí todo parece en construcción y ya es ruina. Es tu obra. Casa de tu silencio. Mira tus manos. Asómate. Tú también tienes algo que ver. Tú también, aunque parece que no.


Tu ciudad es la casa del miedo, de las ratas y los gandallas. Es la mano peluda que se rasca las costuras roñosas, los ojos de pescado en el talón del pie cansado y sudoroso. La miras y sientes tristeza. La miras... tan sola. Pero sonrías. Sabes que todo tiene solución. Por eso sonrías. La gente no se muere de hambre. Se aguanta, pero no se deja. Se queja, pero no hace mucho. ¿Paqué? Sabes que tienen opción,




como tú. Vender, robar o venderse. Estirar la mano o fumar coca. Aspirar gasolina en una grasosa estopa. Escupir fuego o despellejarse la espalda entre vidrios. Comprar lotería o secuestrar un microbús.

Los niños son tu esperanza. Aprenden a crecer solos entre la hierba, el cemento y los camiones. Tenemos tantos. Como *paventar* parriba, para dar y prestar. Para traficar con ellos. Para dejarlos tirados. Para adornarnos las calles. Para bolear tus zapatos y arrastrarse. Es tu ciudad, supositorio de concreto, chinampina en el culo...

Tu ciudad es la caída, es la chingada.



A la chingada con tu ciudad.



Es tu casa.

Tu ciudad y sus arterias escleróticas hacia las seis de la tarde, plenas de pitos, de hierro y plomo. Sus casas que se despeñan y las rudas inundaciones. Inundaciones a secas. La inundan. Gana con eso un aire internacional, la desgracia del globo. El globo de la desgracia.

Tu ciudad te recibe siempre con las piernas abiertas, a ti y a quien sea, a quien tenga el dinero para pagarle los chicles. Hay algunos extranjeros. Para mejorar la

raza. Hay que exportar el terruño, que sirva de algo, que se ponga a trabajar el cabrón, y no nada más a multiplicar huevones apocados.

“Como una oferta, una promoción, productos de alta calidad pone a la venta, para que no lo pague a su precio comercial...”, es la letanía que recibes en el transporte. El noticiario dice que así cantaron cinco o seis secretarías de Estado para llenarse las arcas a espaldas tuyas con un pedacito hurtado, prestado, vendido, de tu país.

*Encore une fois. Again and again. Mais uma vez.*

Otra vez, una más. Astucias de la polaca. Qué curioso. Tu ciudad es un nido rajado, de idiotas, ratas y espectadores, fieles y amantes de la infamia. Está cabrón, verdad. ¿Silencio? Esta es tu casa. Quién dijo yo Quién mete mano. Quién preguntó. No se me raje. Alce la mano. Cómo dijo. Quién se lo dijo. Quién dijo que dijo. Nadie. Tú no dices nada. Ninguno. Nadie. Ni nada. Nadie dijo nada. Vamos, ni mú.

Y en medio de este paisaje vas tú, zurciendo, uno tras otro, los días, inventando el testimonio inútil de que estuviste con vida, mordiendo tu taco y leyendo esa revista, nalgueando a esa niña o empujando a su mamá. Pinche naco, qué me ves, echando bronca siempre al equivocado, bronca siempre, pero al equivocado. Como debe de ser. Como está siendo. Como es.

Tu ciudad, este intenso, vasto, abierto panorama, esta burlesca broma, es tu casa. Tu ciudad es la casa del miedo, el lugar donde duermes y donde mataron al otro, a las otras, y son tantas que ya perdimos la cuenta. No cuenta contar. Contar no cuenta.

—Una más, una menos. Pues qué tanto es tantito, ¿no? ¿O no? Pues qué chingado, chingaos. Chingá. Para que se les quite lo putas, o lo pendejas, que es lo mismo, ¿que no? Putas, pobres y pendejas. Te digo. Es como matar cucarachas. De todos modos hay hartas. Al fin y al cabo no entienden. No entienden. Tú sabes que no entienden. Se ponen a rezar. A rezar. Pues no entienden. A ver, ¿qué han arreglado? O van a la policía. A la policía. La policía y los rezos. Mis huevos quieren cantar, que. Tú tranquilamente puedes agarrar, salirte en la noche, subirte a una de esas mugrosas criadas a tu carro o a un taxi. No hay fijón. Con una corta el taxista no dice nada y hasta te ayuda, pues le vas a convidar de la torta, ¿no? Le metes sus dos o tres madrazos para amansarla y le ensartas el dedo para que vaya soltando el caldillo. Si llevas cuchillo o un pela-papas da lo mismo, se asustan, pero les gusta. Se mueven mejor. Gritan y se revuelcan las perras. Chillan cuando la tienen adentro. Se vienen del puro miedo,

o se mean, pero es igual. El dedo y trabajando. Ya luego llegas al llano y la jalas de la greña. Te fijas antes que tenga greñas, porque con las pelonas es otra la técnica. Pero papronto, te fijas que tenga greñas. La zarandeas y la tiras al suelo. Su buena ración de patadas, pero te fijas que no le caigan en la cara. La jeta bonita te inspira. La chupan mejor si no tienen la buchaca reventada. La surtes, pues, a tu gusto. Si la escupes, se asusta más. Le caes encima o la meas. Es cosa de gustos. A mí me gustan las nalgas. Toing-toing. Rebotan sabroso. Las nalgas me saben mejor. Pum, pum. Ya luego luego te queda el culo y encarrerado te arrancas, en uno y en otro, en uno y en otro, hasta que se hagan un solo agujero mierdoso y sanguinolento, chocho y chiquito. Te atascas. La dejas que chille y te atascas. Las veces que quieras, pues ya entrados. Te atascas. Luego lo mejor es una piedra. Que sea grande, pesada, méndiga. Y a la cabeza. Plaf. A la cabeza, como va. Qué no te salpique, compa, aguas ahí. Los sesos son re asquerosos. Es mejor así porque se tardan en dar con quién era la difunta. Ya luego te largas. Te largas, así nomás. Te largas. Ora que si quieres le pagas a un poli para que te la esconda un ratito y la tire en el monte. Mejor. Con unas tijeras de jardinero le mochan las manos y las



patitas. Por pura diversión. Yo los he visto. Pero tú luego luego te largas y ahí los dejas. Te desafanas. A veces los méndigos también se las clochan. Se aprovechan de todo, los méndigos. Buitres asquerosos. Pero tú le pagas y te largas. Quinientos pesotes. No sale en más, con todo y el poli. No te me apendejes. Quinientos pesotes y de que es emocionante, es emocionante. Te cagas. Bueno, si quieres, pero como yo lo dije es una manera de hablar. Pero si quieres, te cagas. También te cagas, cómo chingados no...

Tu ciudad. Es tu casa, en la que duermes tú y donde se esconden los otros. Son tantos que no haces la cuenta. ¿Paqué? No cuenta contar. Contar no cuenta. Te cagas. Tú también te cagas.

## El viaje es ninguna parte

La pesera arde en el bochorno fofó de la tarde. Corre como endemoniada fatigando el asfalto. Mientras se aleja del centro, descienden uno a uno los bultos agotados por el trajín. Bajan. Bajan. Bajan. Un par de inquietantes sujetos nos acompaña y enrarece la costumbre del trayecto. Tú en tu libro te haces que haces para no mirar a nadie. Reflejos en tu ventana y la guapachosa canción de la radio te ayudan en camuflaje. Te distraes.

Te haces el menso. Aparecen los arbustos resecos que arañan los vidrios rayados que claman *Lolita, te amo*, y la terracería a los pies de rueda del pesero *brinquisacuden* tu esqueleto amolado por el colchón destripado y las cortas noches del verano. Te vas dando cuenta que esta historia te la has ido haciendo en el pasaje, ida y vuelta. En no detenerte a pensar. Y no piensas. Te dejas ir muy cosamente mientras tu nuca denuncia una mirada insistente. Es ése otra vez. ¿Pero qué re carajos busca? ¿Es que ya se fijó bien? Hijo de puta, ocioso. Molesta. Ya no sabes qué inventar. Mantienes gacha la mirada porque tiene el aire de esos tipos que no necesitan pretextos para lanzarse a atacar. Más si se cree con derecho al haber viajado contigo ya en repetidas excursiones vespertinas, acechando. Se levanta. Viene. Viene y se detiene. Pasa de largo. Resistes. Se aplasta justo detrás. Escuchas cómo se frota las manos húmedas en el holgado pantalón. Masca chicle. Carraspea. Que no lo haga. No. Que no lo haga. No.

—Buenas tardes.

—Buenas.

—¿Vas muy lejos?

Es un imbécil. Pregunta más pendeja no pudo encontrar. Lo dejas. Sonríes con cierto desprecio cortés, el justo para no hacer grosería e indicar que no te da la gana platicar. Asientes y te vuelves.

—Te he visto.

Lo dicho. Te enerva. Qué putas madres querrá el mocoso. No tiene más de veinte, aunque se deje el bigote. Pataditas ritmadas sobre la plancha del piso y tamborileos impacientes de deditos en acción algo le harán saber al patán.

—¿Te molesto?

Eureka. Pero de hecho no. No te molesta. Te muerde el gusano loco de la curiosidad. Y resistes. Su estupidez la resistes y la colonia barata mezclada con cenicero. Qué mal huele. Lo miras. De frente. Como va. Se arruga su valentía y busca una buena razón en la punta chata de su zapatote azul.

—Adónde vas.

—Cerca.

—No. Qué quieres. Eso te pregunté.

—Conocerte.

—Para qué.

—Para nada en particular. Me caíste bien.

Es un idiota, pero es la oportunidad que esperabas. Le dices que sí a todo. Se cambian números de teléfono y hacen una cita para el fin de semana.

—¿Dónde?  
—En la fuente de...

Ordinario y sin imaginación. No importa, aceptas. Fin del trayecto. El sujeto te habla de no te interesa qué. Se han bajado ya los colonos. Sólo quedamos tres. Atrás hay otro que nos mira, nos sigue, nos espía con insistencia. Salimos a la noche, a sus olores a cansado, a sucio, a viejo. Calles y baldíos te esperan para llegar. Te acompaña el sujeto y se lo agradeces. Te invita a salir otra vez. Dices sin pensar que sí, que adónde. En la fuente tal y tal, ya te lo había dicho... Aventura una hora, el sábado. Cómo no. Qué más da. Vas a ir. Quiere tomarte una mano, la quitas. Te mira. No sabes ya qué pensar. También a la gente como tú el destino les guarda el amor. Tienes suerte. No dejarás de repetírtelo hasta el sábado, tienes suerte. Llegado un momento te paras, te despides y corres para dejar bien claro que no quieres decirle dónde es tu casa. Te grita que él va a esperar. Se queda clavado en el chapopote nuevo hasta que la esquina doblada te borra de su mirada. Respiras. No te lo explicas. Reparas y no lo has mirado bien. ¿Cómo es el Fulano a fin de cuentas? Te ha dicho su nombre, eso es él nada más. Un nombre vacío para recordar. Antes de entrar a tu casa, volteas. El otro, el silencioso, el que miraba tu espalda te acompañó hasta el final. Hijo de puta. ¿Qué quiere? No le haces caso. Te vas.

Qué solo y qué triste tienes a Personaje Principal. Te das cuenta. Lo retomas. Lloró la desgracia de sus indagaciones en el espejo. A despecho de lo sufrido dedicó largas tardes a la contemplación de su cuerpo, inspirado como estaba por la lectura sedosa y seductora, hasta que sucedió. Las ganas fueron urgencias y los dedos *cortiflacos* poco podían ayudarle.



# Ángeles probables

De Zaría Abreu / Carlos Nóhpal



*A Sergio Tamayo y Gabriel Figueroa Pacheco*

## I. Prólogo de los ángeles viajeros

*La acción se desarrolla en cualquier tiempo, la estación se encuentra en cualquier lugar.*

*Todo es oscuridad, unos pasos se aproximan a lo lejos, un cerillo rasga el aire, alumbra los torsos desnudos de dos siluetas masculinas.*

**Sergio:** *(Con el cerillo en la mano) ¿Cómo me dijiste que te llamabas? (Sopla sobre el cerillo)*

**Gabriel:** *(Enciende un cerillo) Gabriel. ("")*

**Sergio:** *("") Y... ¿qué me dijiste que éramos? ("")*

**Gabriel:** *("") Ángeles probables. ("")*

**Sergio:** *("") Y... ¿por qué probables? (Apaga el cerillo)*

*Oscuro.*

*Luz y sonido de tren acercándose.*

**Voz en off:** *Alguien me dijo que el tren no se paraba en esta estación... habrá que saltar entonces.*

*Luz y sonido de tren, alejándose.*



## II. Primera caída

Dos hombres saltan de un tren en marcha. Primero sus cosas y tras ellas sus cuerpos que yacen sobre el suelo unos segundos.

Se miran, hacen el intento de hablarse pero no saben que decir, callan. Toman sus cosas y se marchan por distintos rumbos.

## III. La estación

### Ausencia y presencia I

**Sergio:** *(Sentado a un lado de la única silla de la estación. Con la mochila puesta: No ha de quitársela nunca. Monólogo ancestral del que nos regala apenas un fragmento, su voz como un rosario va subiendo poco a poco, pronuncia una palabra que apenas escuchamos ¿Hermano?) ... Y no estabas y yo tampoco, ayer intenté pensar en ti y no lo hice... (Deshojando como flor una cajetilla de cerillos usados. Uno por cada frase) ... ayer creí que estaba pensando en ti pero no te*

hallé y a mí tampoco, ayer creí que pensaba en ti pero no, pensaba en mí, anoche casi no pude dormir pensando en ti, pero no, pensaba en mí y cuando pienso en mí sí puedo dormir, ayer no estuviste y yo tampoco, pero no importaba, tal vez nunca has estado, pero yo sí pienso en ti; pero me di cuenta, por vez primera, ayer me di cuenta no, hoy me di cuenta por vez primera de que pensaba en mí; eres un pretexto para que estés y no estés, y que yo esté.

*Pausa.*

**Sergio:** *(Cambia sus cerillos agotados por nuevos que enciende actualizándolos. Uno por cada frase)* Este día no estuviste y yo tampoco. Este día pensé que ibas a llegar. Este día me dijeron que no ibas a llegar. Este se me olvidó. Este no estuviste y yo tampoco. En este no tuve tiempo de pensar en ti. Este día pensé que no ibas a llegar y no llegaste. Este día se fue muy rápido y no me acordé de pensar en ti. Estos 2 días se me olvidaron... *(Sus pasos se adelantan a sus frases tamborileando el suelo, pero el cuerpo acurrucado permanece anclado a un lado de la silla)*... Y no dejo de pensar que

si no estuvieras tú yo tampoco seguiría estando... Cuando estaba lloviendo yo estaba adentro, y ahora van a decirme que no vas a llegar, y ahora, ya me resigné a que va a seguir lloviendo y a que voy a seguir pensando en mí, y no en ti. Y si nunca estuviste eso me alivia, porque yo sigo aquí aunque tú no estés, porque todos esos días en que estuve pensando en mí, haciendo como que pensaba en ti, ahora me resultan demasiado pobres, tan poco recordados. Lo mejor fue que no estuviste nunca, lo mejor es que te sigo esperando.

*Pausa.*

Gabriel. Espera con la mochila al hombro. Se asoma hacia los lados: Nada.

Intenta quitarse su camiseta. Lucha cuerpo a cuerpo contra ella, en una danza terrible que lo asfixia. Cabeza, cuello, torso, brazos, manos, se vuelven un ovillo intentando desanudarse...

Gabriel pierde la batalla. Se resigna. Como siempre.

Camiseta en pecho, acaricia el aire con la mano izquierda y organillea la ausencia con la derecha

Remarca su presencia con fuertes pisadas. Se dirige con pasos lentos hacia el lugar donde está Sergio.

**Sergio:** El que ama espera, el que no ama también espera. El que ama espera al que no va a llegar, el que no ama espera al que va a llegar. Yo solo espero, no amo, sólo espero. Porque quiero amar espero, pero de esperar no se ama, y solo pienso en mí y los días no me bastan. Y ojalá que nunca llegues porque no sabría cómo decirte ¡hola! o ¡adiós! Y sólo pienso en mí, y los días no me bastan, y ojalá que nunca llegues porque no sabría cómo decirte ¡hola! o ¡adiós! (*Llega Gabriel*) ¡Hola!

**Gabriel:** ¡Hola!

**Sergio:** ¿No quieres sentarte? Te he estado esperando.

**Gabriel:** (*Sentándose en la silla*) Pues ya llegué.

**Sergio:** ¿Por qué te tardaste tanto?

**Gabriel:** Había mucho tráfico. (*Ríe*) No, en serio, ¿sabes cuándo sale el próximo tren?

**Sergio:** ¿Hacia dónde?

**Gabriel:** ¿A dónde vas?

**Sergio:** Para allá... ¿Y tú?

**Gabriel:** Para acá.

*Pausa incómoda.*

**Sergio:** ¿A qué hora dijiste que salía el tren?

**Gabriel:** No lo sé.

**Sergio:** Yo tampoco.

*Pausa incómoda. Gabriel se levanta por su mochila*

**Sergio:** ¿A dónde vas?

**Gabriel:** A la taquilla por mi boleto.

**Sergio:** Me traes uno.

**Gabriel:** Sí... *(Extiende la mano esperando un dinero que no llega)*

**Sergio:** Bueno, pues ya vete.

#### IV. Testimonio del ángel caído

Gabriel sale de la zona de espera y se dirige a la salida de emergencia. Camino de allá.

**Sergio:** *(Sin prestar atención a lo que hace Gabriel, dibuja al fondo de la zona de espera dos enormes alas en picada, con su cuerpo de cabeza se suma a la caída)* No es que sea un ángel caído, simplemente me aburrí de estar arriba. *(Convertido en cadáver se desploma sobre el piso, Gabriel entra rápidamente y dibuja el contorno del ángel fallecido, sale)*

*Pausa.*

**Sergio:** *(Incorporándose con naturalidad, dirigiéndose a la plaza de vuelo)* Me gustan las alas y las palomas –porque tienen alas– y las plazas porque tienen palomas y alas. Yo todos los domingos me visto de paloma y me voy a las plazas, pero nadie me ve, porque no ven mis alas y están muy entretenidos dándole migajitas a las palomas y yo no tengo hambre y cuando tengo, quiero algo más que migajas. ¿Será por eso que no me ven? *(De una tiza brotan un par de alas pequeñas que deposita sobre el piso)* Entonces hay que hacer el clásico truco de caerse *(Dejándose caer sobre las alas)*, decir: “Sí, me caí”. Entonces me ven por un segundo, de reojo, como si no quisieran verme, y vuelven a darle migajitas a las palomas. Y me quedo pegado al piso y nadie me ve, y me caminan y yo no vuelo, ni la plaza, ni las palomas. *(Pausa)*  
Ni camino...

Continúan brotando alas de la tiza y se adhieren a las paredes laterales, Sergio se recarga en ellas intentando vestirse de paloma, sólo consigue ocultarlas.

**Sergio:** ¡Te juro que tengo alas, cabrón! Lo que pasa es que son chiquitas y no las ves. Lo

que pasa es que sólo vuelo cuando duermes, pero... ¡Te juro que tengo alas! ¡Te juro! ¡Te lo juro! Lo que pasa es que yo sólo no vuelo cuando duermes, a veces sí y a veces no. (*Desiste de las alas, dibuja un enorme cohete en la pared y se sube en él*) Lo bueno es que ya existen los aviones y los cohetes de propulsión a chorro. (*Pausa. Reacciona, ve a Gabriel, le pregunta por las vías que lleva pintadas*) ¿En cuál te quedaste?

**Gabriel:** En el 6.

**Sergio:** (*Triunfante*) Lo sabía.

## Santa Mónica Melrose

**Gabriel:** (*Juega con Sergio, trillados personajes de película*) You are jealous?... Are you jealous? You are fucking jealous. Let me say, you are twenty-two, and I am twenty-six. I'll give my fucking ass to fucking anybody. Do you know that?<sup>1</sup>

*Sergio se levanta. Atraviesa Melrose sin razón, se arrodi-lla frente a él, más joven pero también más teatral: juega.*

**Sergio:** Do you love me? Do you love me?

**Gabriel:** Yes... yes. I love you. (*Lo besa*)  
**Sergio:** I know that. (*Se desmaya, con feminidad enaltecida*)

*Pausa incómoda. Al darse cuenta de que se han desenmascarado, vuelven a alejarse.*

## V. Ausencia y presencia II

**Gabriel:** Oye, Sergio...  
**Sergio:** ¿Cómo supiste que me llamo Sergio?  
**Gabriel:** ¿No me lo habías dicho?  
**Sergio:** No, es que... yo... también estuve a punto de decirte Gabriel, pero igual y te ofendías.  
**Gabriel:** ¿Por qué? Si yo ya te había dicho que así me llamaba.  
**Sergio:** Es que Gabriel es nombre de ángel. (*Lentamente deja caer sobre Gabriel los cerillos usados. Pausa*) ¿No me los vas a devolver?  
**Gabriel:** No, lo que podríamos hacer es buscar nuevos y vivir más días.  
**Sergio:** No es suficiente, porque si sigo pensando en mí no sé adónde voy a llegar.

*Pausa incómoda.*



**Gabriel:** ¿Cuántas horas faltan?  
**Sergio:** 15  
**Gabriel:** Y... ¿Qué vamos a hacer?  
**Sergio:** Esperar.

*Elipsis temporal*

(End notes)

# Índice

## **Mosaico de dramaturgia mexicana: una visitada guiada**

Noé Morales 7

## ***Cash***

Luis Ahyllón 19

## **La fe de los cerdos**

Hugo Abraham Wirth Nava 41

## **Prohibido acostase al sol**

Verónica Bujeiro 61

## **La eroticomedia**

Mariana Hartasánchez 77

## **El cielo en la piel**

Edagar Chías 91

## **Ángeles probables**

Zaría Abreu- Carlos Nóhpal 111

## **Imágenes:**

p. 7 Juan Leduc, sin título. • p. 19 Emilio Belin, Danzón en la Alameda Central. • p. 61 Jefté Arguello, sin título. • p. 77 Jefté Arguello, sin título. • p. 91 Alejandro Meléndez Ortiz, Body Paint 3. • p. 111 Mariana Barreiro, sin título.



Esta obra se terminó de imprimir en agosto de 2009,  
en los talleres Fagalo Editores.  
Impresor Felipe García, Balakán Mz.2, Lte.5,  
col. Héroes de Padierna, CP. 14200, México D.F  
con un tiraje de 1000 ejemplares.